

EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

LAS DULZURAS DEL PODER.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO.



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.





CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.
A tientas.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El héroe de Bailen.
El suplicio de Tántalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El porro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.
El tio Martin ó la honradez.
El exterminio de un inocente.
Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens.
La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los quid pro quos.
Lluvias de estio.
Las aventuras de un gaban.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.
¡Presente, mi General!

Simpatia y antipatia.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreu.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.
Avaricia y despilfarro.

Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos despecho y amor.
Conde, ministro y lacayo.
Corona y tumba, ó el reina[...] Sigerico.

Duda en el alma, ó el emb[...] de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio.
Don Alonso el Sabio.

Entre bobos anda el juego.
El gran duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El caballero de Harmental.
El cardenal es el Rey.
El castellano de Tamarit.
El castillo del diablo.
El conde de Monte-Cristo. [...]mera parte.)
El conde de Monte-Cristo. [...]gunda parte.)
El conde de Herman.
El correo de Lion, ó el asal[...] la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madre.
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo n[...]
El génio contra el poder, ó [...]chiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El judio errante.
En el crimen va el castigo[...] condesa de Portugal.
En 1330.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un adre.
Eugenia.
Eula .
En la cara está la edad.
El tio Martin, ó la honra[...]

LAS DULZURAS DEL PODER,

LAS DULZURAS DEL PODER.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO,

ORIGINAL Y EN PROSA

DE DON ANGEL MARIA DACARRETE.

Estrenada en el teatro del Circo, á beneficio de la primera actriz Doña Teodora Lamadrid el dia 27 de Mayo de 1859.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1859.

AL LECTOR.

Ha dicho de esta comedia algun crítico que atacaba en ella el autor á la institucion de la prensa periódica: los que tal afirman se guardan muy bien de probar tan injustificado aserto (que no son pruebas afectadas declamaciones), y el autor, tranquila su conciencia y alentado con el juicio, que agradece, de los periodistas que no juzgan *inviolable y sagrado* su destino, espera que el lector desapasionado le sincere de la aventurada inculpacion que se le ha hecho.

Siendo esta una comedia de costumbres políticas y habiendo procurado el autor satirizar los vicios que ellas engendran, con igual razon que los susceptibles escritores á que se alude, pudieran condenarlo los representantes de *todas* nuestras instituciones políticas; y asi, pues, aunque espera que no suceda y considere ocioso y casi ridículo hacer profesion de fé política en el prefacio de una obra dramática, no puede por menos de manifestar lo que de sobra saben cuantos le conocen, y es que, ya siendo periodista, lo que tiene á mucha honra haber sido, ya escribiendo comedias, ha defendido y defenderá la institucion de la prensa como las demas que constituyen el gobierno representativo, del que es, aunque humilde, leal soldado; pero deseando que, como hasta ahora, nunca cieguen su juicio de escritor ni tuerzan su voluntad de hombre honrado sus afectos políticos.

PERSONAJES.	ACTORES.
TERESA	Doña Teodora Lamadrid.
ANA	Doña Lorenza Campos.
MATILDE	Doña Josefa Hijosa.
UNA CRIADA	Doña Cármen Carabes.
DON JUAN DE ALMEIDA	D. Julian Romea.
DON FERNANDO NOVOA	D. Victorino Tamayo.
EL MARQUÉS DE VILLA DE SOUTO.	D. Enrique Arjona.
EL BARON DE MASCAREINHAS	D. Florencio Romea.
EL VIZCONDE DE COUTIÑO	D. Mariano Fernandez.
EL DUQUE DE GUREIÑO	D. Pedro de Sobrado.
DON LUIS DE ALMEIDA	D. Ricardo Morales.
SILVA	D. José Garcia.
SALGUEIRO	D. Serafin Garcia.
PORTERO	D. Gregorio Lavalle.
UN CRIADO	D. Atanasio Maré.
UN JEFE MILITAR	D. José Laplana.
UN EMPLEADO	D. José Diez.
OTRO CRIADO	D. Telesforo Savalon.

Empleados, Criados, etc., etc.

La escena es en Lisboa.

NOTA. Siendo necesario por las conveniencias teatrales abreviar el diálogo de esta comedia, van señalados con este signo * los párrafos suprimidos por el autor, lo que podrá servir de guia á los directores de escena.

LAS

DULZURAS DEL PODER.

PRÓLOGO.

Salon de confianza en casa del Marqués de Villa de Souto, amueblado con lujo.—Puerta en el fondo y laterales.

Al levantarse el telon está hablando Ana con una criada, que se retirará á poco por la puerta del fondo; despues entra en escena Teresa por una de las laterales.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, ANA, UNA CRIADA.

ANA.

¿Está todavia la señorita en el cuarto de su excelencia?

CRIADA.

Si, señora.

ANA.

¿Cuándo entró á darle los buenos dias?

CRIADA.

Apenas salió usted de casa.

ANA.

¡Pues ya hace rato!

CRIADA.

Me dijo que vendria en cuanto acabase de tomar chocolate el señor, á quien está leyendo un periódico.

ANA.

Bien, la esperaré aquí. (Váse la Criada por la derecha.) ¡Leyendo periódicos! ¡Dígole á usted que será una ocupacion divertida para la pobre niña! Pero justo es que se mortifique un poco por su padre, que tanto la quiere. ¡Se mira en sus ojos! ¡Oh, si no fuera asi no me atreveria á dar gusto á mi Teresa en todo lo que me pide! Pero ¿cómo negarme, yo que la recibí de los brazos de su madre para hacer con ella las veces de mi pobrecita señora, que murió sin darle apenas un beso! ¡Cuando recuerdo aquel paso!... (Se enjuga los ojos. Una pausa corta.) Ademas, ¿qué puedo arriesgar en hacer lo que hago? ¿No sé yo mejor que nadie que el señor Marqués es la bondad suma?... ¡Me dá una risa cuando le llaman los papeles *altanero* y *tirano*! ¡No, si yo fuese él habia tambien de reirme, y no que se volvia una furia cuando el año pasado decia de él tantas cosas malas ese diario en que escribe el Baron de Mascareinhas.

TERESA.

(Saliendo por la izquierda.) Ana, ¿le has visto? ¿Está bueno? ¿Vendrá pronto?

ANA.

(Despues de afirmar con la cabeza á todas las preguntas.) ¿A qué respondo primero? ¿No se le ocurre á usted otra pregunta, señorita? Mal se avienen tantas con haberme hecho esperar aqui tres cuartos de hora, despues de haber corrido á pié medio Lisboa.

TERESA.

Estaba leyendo á papá un artículo que le pone por las nubes, escrito por el Baron de Mascareinhas.

ANA.

Pues no hace muchos meses que él mismo lo ponia por los suelos

TERESA.

¿Quién vá á hacer caso?...

ANA.

*Eso mismo pensaba yo há un momento: ayer lo atacaba, hoy lo *adula y entra todos los dias por esas puertas con un desahogo que *pasma.*

TERESA.

*Tú no puedes comprender que tiene una causa muy sencilla lo que *tanto extrañas.*

ANA.

Cierto: á pesar de que he visto en mis años tantas cosas parecidas, las entiendo como el nombre que le dá á su periódico el señor Baron: la *sintésis* del siglo. ¿Sabes tú, hija mia, qué quiere decir esto de la *sintésis*?

TERESA.

Quiere decir que el señor Baron rabia por ser ministro á toda prisa.

ANA.

¡Calle! ¡Tambien él!

TERESA.

¿Por qué no?

ANA.

¡Pero señor, en esta tierra todos quieren ser ministros! (Con sencillez.)

TERESA.

Dejemos en paz, Ana mia, al Baron y sus pretensiones ministeriales. ¿Dices que viste á Almeida?

ANA.

Y le ordené que anticipase hoy su venida á la de todos los señorones, que no dejan ni una mañana de visitar á su excelencia, desde que *está en el poder,* como ellos dicen.

TERESA.

¿Y contestó que vendria?

ANA.

¿Cómo no, sabiendo que tal es el deseo de la futura marquesita de Villa de Souto?

TERESA.

(Acariciándola.) Cuyo cariño á su nodriza solo puede compararse con lo que le agradece...

ANA.

Lo bien que desempeña los lucidos papeles que le confia, ¿no es esto?

TERESA.

(Sonriendo.) ¡Pobre viejecita mia! Mira, no debes enojarte que te emplee de este modo en proteger mis amores. Esto es costumbre muy antigua. Mas de tres siglos hace que segun lo relata un gran poeta inglés otra nodriza tan cariñosa, pero no tan buena como tú, protegió los amores de Julieta y Romeo: los amantes que mas se han querido en el mundo.

ANA.

Siga, pues, la danza, señorita Julieta, con tal que no lo tome á mal su señor padre...

TERESA.

¡Qué disparate! Ya verás en cuanto él entienda lo interesado que está mi corazon... Pero no viene...

ANA.

¿Quién? ¿Romeo? No tardará mucho: estaba en bata, fumando á mas y mejor y escribiendo en una mesa llena de libros y papeles cuando entré en su cuarto, y apenas oyó que iba á darle una cita de tu parte se le cayó el cigarro de la boca, saltó de la silla y me dió un abrazo en pago de mi servicio.

TERESA.

¡Y á mí que se me olvidaba pagarte con mil besos el que acabas de hacerme! (Besándole cariñosamente.)

ANA.

¡Eso es! Bien dice el refran, que por la peana se besa el santo.

TERESA.

¡Por supuesto! (Apartándose de ella ruborizada.)

UN CRIADO.

(Anunciando.) El señor de Almeida.

TERESA.

(¡Ah!) Que pase. (Váse el Criado.)

ANA.

Ea. Voy á mi habitacion: arregla las cosas de modo que pronto sepa tu padre...

TERESA.

Hoy mismo lo sabrá; yo te lo prometo. (Váse Ana.)

ESCENA II.

TERESA, DON JUAN DE ALMEIDA.

ALMEIDA.

Teresa...

TERESA.

No logré hablarte ayer ni un instante en secreto.

ALMEIDA.

Ocupado todo el dia en mi destino me fué imposible verte hasta la noche en el palco de la condesa: *no se apartó de tu lado su marido, *y te dió el brazo para ir hasta el coche...*

TERESA.

No trates de disculparte: *¿vas á confundirme con esas niñas me-*lindrosas y suspicaces que se vanaglorian con la esclavitud del hom-*bre á quien aparentan amar?* Sobrado sé que nada deseas tú tanto como estar á mi lado; *si pasan algunos dias robándonos esta ventu-*ra, no siento otra pena que la de no verte, la de no oirte decir que *me amas, como me aseguran todos los latidos de mi corazon.*

ALMEIDA.

¡Vida mia! (Estrechándole la mano con pasion.)

TERESA.

Tengo buenas noticias que darte.

ALMEIDA.

¿Cómo?

TERESA.

¿No hace tiempo que espiábamos una ocasion propicia de confesar á papá nuestro amor?

ALMEIDA.

Cierto.

TERESA.

Pienso que esa ocasion ha llegado.

ALMEIDA.

¿De veras?

TERESA.

*Yo le conozco muy bien, y sé que si le cuesta siempre gran traba- *jo negarme lo que le pido, le es imposible cuando, sereno su ánimo, *puede consagrarlo enteramente á pensar en mi felicidad. Pues bien;* como su cariño le mueve á confiarme todo, me ha revelado que ayer le hablaron secretamente en nombre de Novoa para concertar una entrevista con él, de la que resultará, sin duda, que aplaque la guerra que hace al ministerio.

ALMEIDA.

Eso es imposible. ¿Sabes tú de quién hablas, Teresa mia? Don Fernando Novoa es un hombre que, sin deber á la suerte las ventajas que dan las riquezas ó un nacimiento ilustre; falto de las prendas personales, que subyugando la atencion y el afecto de las gentes, abren hoy á tantos jóvenes las sendas de la ambicion y de la gloria, ha llegado á ser en poco tiempo un hombre temible en el estadio político. No nació, tal vez, con un corazon animoso; pero su voluntad de hierro le hizo en mas de una ocasion aparecer impasible ante la punta de una

espada ó la boca de una pistola que amenazaban su vida. Pobre por naturaleza su ingenio, menguado su saber, perezosa y vacilante su lengua, se convirtió la pluma del escritor en sus manos, á fuerza de constancia y de trabajo, en un arma envenenada; y cuando su austeridad de principios, su afectada modestia y su proverbial desinterés, que en vano pusieron á prueba sus mayores enemigos, le dieron un puesto en la cámara, alcanzó en breve ser jefe del bando mas temido del gobierno. ¿Cómo, pues, es posible que en una hora vaya este hombre á echar por tierra la obra de tantos años? *¿Cómo que se ex-*ponga, con una pública traicion, á perder la fuerza que le asegura *el logro de sus esperanzas?*

TERESA.

Yo no podré decirte cómo el mas resuelto adalid de la oposicion busca hoy la amistad del jefe del gabinete; pero te aseguro, que no por ser extraño es menos cierto. Este suceso ha llenado de alegria á mi padre. ¿Cuándo mejor que ahora podremos revelarle el sentimiento que ha unido nuestras almas? No lo dudes, aprueba nuestro amor. Acaso le enoje la reserva que he guardado con él; ¡pero, negarte mi mano sabiendo que es tuyo mi corazon...! ¡eso nunca!

ALMEIDA.

¡Tu mano, Teresa mia...! No; yo no puedo, no debo aspirar por ahora á tanta dicha.

TERESA.

¡Cómo!

ALMEIDA.

Huérfano de padre desde niño, y escasa la hacienda que me legó, sin la bondadosa amistad del tuyo, fuera mi suerte vegetar oscuramente en Oporto, *en donde solo las caricias de mi madre me com-*pensarian lo ingrato de los negocios mercantiles, tan mal avenidos *con mi carácter y mis inclinaciones.* Si; hoy seria un mal comerciante, que tal vez comprometiese la pobre fortuna de mi madre y de mi hermano sin la proteccion del Marqués. *A ella debí al llegar á Lis-*boa, cuando apenas salia de la universidad de Coimbra, rico no mas *que en alientos y esperanzas, á ella debí obtener un empleo en una *de las mas ilustres carreras del Estado: ella, que no mis méritos, me

*ofreció mas de una vez la ocasion de que mi nombre se distinguiese, *y por ella soy oficial del ministerio de negocios extranjeros y secre- *tario particular del ministro.* Para aspirar á la mano de su hija, para pretender que una su nombre al mio el hombre á quien debo cuanto soy, ¿no necesito hacer algo para merecerte, algo que le convenza de que no amengua la pureza de mi amor el deseo de afirmar su valimiento?

TERESA.

¡Orgulloso! *¡Siempre enseñoreadas de tu alma esas ideas que las- *timan tan injustamente el corazon de tu Teresa!* ¿Merezco yo, que asi recele tu decoro ser ofendido porque me llames tu esposa? ¿Tan pronto murió en tí la memoria de cómo formularon nuestros labios por vez primera lo que sentiamos?

ALMEIDA.

¡Olvidar yo ese dia! (Con animacion.)

TERESA.

¡Ah! (Con alegria y confianza.)

ALMEIDA.

¡Cuánto gozo al recordarlo! La hora, la naturaleza, todo parecia arrancar á mi alma el secreto que la abrumaba...

TERESA.

Nuestra ventura llevó en aquel verano la córte á Cintra; caia la tarde, y en tibia oscuridad envolvia como un velo ceniciento el hermoso ramaje de los jardines; separada mi atencion de la frívola charla de los que me acompañaban, dirigia vagamente una y otra mirada por entre los árboles, cuyas hojas movidas por la brisa me parecia que murmuraban tu nombre, cuando al volver de una calle te vi acercarte á nosotros, y tenderme tu mano para saludarme...

ALMEIDA.

¡Qué felicidad y qué temor me sobrecogieron al sentir temblar la

tuya correspondiendo á mi saludo! ¡Un año habia pasado, Teresa mia, adorándote en silencio! ¡Un año contemplándote siempre cercada de la vanidad y la codicia que solicitaban tu cariño como un puesto de honor ó una feliz jugada de bolsa, y yo pidiendo en vano á Dios que te hiciese pobre y humilde para decirte que ennoblecerias mi ser con una mirada, que no cambiaria por los tesoros de la tierra una palabra de tu boca! ¡Haber sufrido tanto y verte á mi lado trémula y conmovida como yo...

TERESA.

Si, si, ¿lo recuerdas? Juntos marchábamos sin proferir una palabra, sin osar casi mirarnos, cuando á la luz de la luna que clareaba entre las ramas de las lilas que nos cubrian, clavé en tí mis ojos, de los que se escapaban lágrimas involuntarias, y te ví volverte á mí y exclamar muy quedo: ¡*Teresa*! con una expresion que penetró en lo íntimo de mi alma!

ALMEIDA.

¡*Yo te amo*! dijeron apenas tus labios, y huiste ruborizada al lado de tus compañeras. ¡*Yo te amo*, repetia yo maquinalmente, creyendo que estaba loco ó que soñaba!

TERESA.

Si, yo sacrifiqué las repugnancias de mi recato en aras de otro mayor sacrificio: porque *ya tu boca iba á decirme que me amaba; ya *tus ojos me habian revelado mil veces tu pasion;* y ¿cuál sacrificio podria igualar al que hacias tú, tan justamente altivo, confesándote enamorado de mí! ¡De mí, que por un triste favor de la suerte soy considerada por tantos, no como una mujer digna del nombre de esposa, sino como un *partido brillante*! (Con amarga ironia.)

ALMEIDA.

¡Y he podido dudar en cumplir tu deseo! Ordena, Teresa mia. ¿Debo hablar al Marqués?

TERESA.

No, mejor será que yo le hable primero; mas he de hacerlo hoy mismo, y como estamos seguros de su respuesta, tú debes en tanto escribir á tu madre; que comprenda bien que no pierde un hijo al en-

lazarte con quien anhela poder llamarla madre; ¡nombre dulcísimo, negado siempre á mis labios!

ALMEIDA.

Ella lo será para tí. *¡Verás cómo su ternura supera á tu deseo!*

TERESA.

*¡Con cuánto placer compartiré entre ella y mi padre mis cuidados *y mi cariño! ¡Cuánta esperanza abrigo de que unida á mí consiga- *mos separarte por completo de las contiendas políticas!*

ALMEIDA.

¡Siempre lo mismo! (Sonriendo cariñosamente.)

TERESA.

*¡Cómo no! ¡Ellas me dejaron huérfana al nacer: apenas apuntó mi *razon aprendí á maldecirlas, observando los sinsabores de mi padre, *y de ellas presiento que dimanen todas las desgracias de mi vida! *Pero no nos entristezcamos. Ya no temo á la política, porque ó muy *poco he de poder sobre usted, señor mio, ó ha de ignorar usted, vi- *viendo en Lisboa, quién es el primer ministro de Portugal.*

UN CRIADO.

(Anunciando.) El señar Baron de Mascareinhas, el señor Vizconde de Coutiño...

TERESA.

Que pasen. (Váse el Criado.)

ALMEIDA.

¡Importunos! Bien pudieran retardar su visita...

TERESA.

¡Cá! Mas vale que vengan temprano, y haz por llevártelos antes que salga papá para la cámara á fin de que yo pueda hablarle...

BARON.

(Dentro.) Por aqui, Vizconde.

TERESA.

¡Uf! Echo á correr antes que el Baron me salude con un discurso parlamentario.

ALMEIDA.

Pero...

TERESA.

Señor secretario particular, que no falte usted esta noche á las nueve en casa de su jefe: asi se lo manda...

ALMEIDA.

¿Quién?

TERESA.

La futura señora de Almeida. (Váse corriendo por una de las puertas laterales de la derecha, á tiempo que el Baron, el Vizconde y Coutiño entran por la del fondo.)

ESCENA III.

DON JUAN DE ALMEIDA, EL BARON DE MASCAREINHAS, EL VIZCONDE DE COUTIÑO y SALGUEIRO.

El Baron y Salgueiro reparan en Teresa y dicen en el fondo las primeras palabras. El Vizconde, que aparecerá un personaje enfático y con aires de hombre importante, baja pausadamente.

BARON.

¿Vé usted? estaban juntos. Cuando yo digo que se puede anunciar la boda en el periódico.

SALGUEIRO.

¡Pues ya lo creo! Si el verlos en el teatro embobados en mirarse el uno al otro es un espectáculo mas divertido que el que nos dan los cómicos.

ALMEIDA.

(Reparando en el Vizconde.) ¿Quién será este señor tan encorbatado?

BARON.

El bueno del secretario no se contenta con este empleo.

SALGUEIRO.

Quiere tambien el de yerno.

BARON.

Asi asegura el ascenso del otro.

SALGUEIRO.

Y pesca la dote.

ALMEIDA.

Señor Baron...

BARON.

Amigo Almeida. (Estrechándole las manos con efusion.) ¿Cómo vá desde ayer noche? (Afectando interés y cariño.)

ALMEIDA.

Apenas he hecho mas que dormir desde que no nos vemos.

SALGUEIRO.

Yo ha dos dias que no veo á usted. ¿Qué diablos hace que asi rehuye el trato de los que tan bien le queremos?

ALMEIDA.

Hago lo que todos, trabajar, pasear...

BARON.

(A Salgueiro.) Amigo mio, vaya usted como yo á buscarlo en secretaria, y de seguro... (Siguen hablando.)

VIZCONDE.

¿Quién será este mancebo? (Por Almeida.)

BARON.

¡Ah, me olvidaba! El señor Vizconde de Coutiño... (Presentándolo á Almeida.)

ALMEIDA.

¿El señor es nuestro embajador en Paris? (El Vizconde se inclina.)

BARON.

Que viene con licencia á tomar asiento en la Cámara de los Pares.

ALMEIDA.

Tengo en grande honor ofrecer mis respetos al señor Vizconde.

BARON.

El señor don Juan de Almeida, empleado en el ministerio de negocios extranjeros.

VIZCONDE.

Muy señor mio. (Saludándole cortés, pero desdeñosamente.)

ALMEIDA.

(Algo vano parece el Vizconde.)

SALGUEIRO.

(A Almeida.) Coutiño, como sabrá usted, es uno de los personajes mas importantes de Portugal: dicen sus amigos que es hombre de mucho talento, pertenece á todas las academias, ha sido ministro siete veces, y tiene todas las cruces y bandas de Europa.

ALMEIDA.

Ya, ya. Le conozco de fama. (Siguen hablando entre sí.)

BARON.

(Hablando con el Vizconde.) ¿No habia usted oido hablar de este jóven?

VIZCONDE.

Desde que he llegado á Lisboa no oigo hablar mas que de jóvenes. La invasion de la juventud amenaza ser peor que la de Atila.

BARON.

Este sin embargo merece tenerse en cuenta, no solo porque es mozo de valia, sino por su envidiable posicion.

VIZCONDE.

¿Cómo?

BARON.

Es oficial del ministerio.

VIZCONDE.

¡Asi se escalan los puestos!

BARON.

Secretario particular del Marqués, y la persona de su confianza.

VIZCONDE.

¡Hola! (Variando de tono.)

BARON.

Y le ha engatusado la hija de tal modo, que es muy de sospechar se casen.

VIZCONDE.

¡Cáspita!!

BARON.

El suegro le hará diputado...

VIZCONDE.

Y usted, señor de... de... (Dirigiéndose con afabilidad á Almeida que no le oye, distraido con Salgueiro que aparenta hablarle con mucho calor.)

BARON.

(Al Vizconde.) Almeida.

ALMEIDA.

(Volviéndose.) ¿Qué?

BARON.

Nada. El señor Vizconde se dirigia á usted.

ALMEIDA.

¡Oh! Perdone usted, señor Vizconde...

VIZCONDE.

No hay por qué. Queria preguntar á usted si ha visitado el extranjero.

ALMEIDA.

No, señor.

VIZCONDE.

¡Es lástima!

ALMEIDA.

No alcanza mi fortuna á costear un viaje de recreo, ni aunque soy diplomático he salido nunca de la secretaria.

VIZCONDE.

Pues es lástima, repito: los hombres públicos necesitamos ensanchar los horizontes de la observacion intelectual... ¿Eh? (Pidiendo su aprobacion alternativamente al Baron y á Salgueiro.) Los hombres de principios robustecemos la firmeza de nuestras ideas inmutables con el espectáculo de las naciones comparadas á la manera que... ¿Eh? Si, jóven, créame usted, mal que les duela á los perturbadores sociales, siempre los hombres de peso y experiencia... ¿Eh? Si, señor, lo repito, es lástima que no haya usted viajado.

BARON.

Es un dolor.

SALGUEIRO.

Es una pena.

ALMEIDA.

No se aflijan ustedes tanto, señores, no hay por qué. Pienso que aun tengo tiempo para dar á ustedes gusto.

BARON.

Ya lo creo: usted comienza apenas una carrera brillante y todavia...

SALGUEIRO.

Siendo tan jóven...

VIZCONDE.

Si, si: es de sentir que no tenga usted mas años, que no conozca al mundo, los hombres... la política... la verdad... y... estudie usted, amigo mio, estudie usted y comprenderá cuánto vale lo que le digo. ¿Eh? (A Salgueiro, que sigue hablando con él aparte.)

ALMEIDA.

(Al Baron.) Oiga usted, ¿este buen señor es ton...

BARON.

¡Oh, un hombre importantísimo! Hay que tenerle contento: por eso he querido yo traerlo cuanto antes á ver al Marqués. Porque siempre que el poder no cuenta con él se encastilla en sus principios y le hace una guerra de todos los demonios.

ALMEIDA.

(Con ironia.) ¿De veras?

BARON.

Como usted oye. Su lema ha sido siempre *hombre de partido antes que todo.*

ALMEIDA.

¡Precioso lema! ¡Debe estarle agradecido el pais!

BARON.

¡Figúrese usted!...

UN CRIADO.

(Saliendo por la izquierda.) Su excelencia pregunta si ha venido usia. (Á Almeida.)

ALMEIDA.

Es verdad que no me han anunciado, ni á ustedes tampoco, señores. ¿Está en la Biblioteca? (Al Criado.)

CRIADO.

Si, señor. (Váse por el fondo.)

ALMEIDA.

Vamos pues.

BARON.

Si, todos podemos pasar. Es ya la hora en que recibe. (Vánse por la izquierda. El Vizconde, sin hacerse de rogar, pasa delante de todos. Al mismo tiempo entra en escena por el fondo Teresa.)

ESCENA IV.

TERESA, SOLA.

No han salido todavia, ni estan aqui. ¡Sabe Dios hasta cuándo permanecerán en las habitaciones de papá! ¡Jesus, qué impaciencia! (Un criado con una bandeja de plata sale por el fondo y se dirige á la habitacion del Marqués.) ¿Qué ocurre?

CRIADO.

Un caballero que espera en la antesala me manda pasar esta tarjeta al señor Marqués.

TERESA.

(Viendo la tarjeta.) ¡Fernando Novoa! (La devuelve.) Llévela usted. (Váse el Criado.) ¡Parece que la fortuna se anticipa á mi deseo! podré hablar á papá inmediatamente despues que él lo haya hecho con Novoa, y conquistaré mas pronto su indulgencia. ¡Á medida que se acerca el momento me vá ganando un miedo! *¡Qué tonteria! ¿Por qué he de sentirlo cuando es tan santo mi cariño, cuando tan segura estoy de lo mucho en que mi padre estima á Almeida?* (Entra el Criado por la misma puerta.) ¿Vió el señor la tarjeta?

CRIADO.

Y me ha ordenado que diga á ese caballero que tenga la bondad de esperarle en esta sala. (Váse por el fondo.)

TERESA.

¿En esta sala? ¡Van á hablar aqui! ¡Si yo pudiese oirlos detras de aquellas cortinas! (Señalando á las de la puerta derecha.) ¡No! ¡Qué vergüenza! Sin embargo... el conocimiento de lo que hablen me dará quizás mayor acierto en mi empresa... ¡Ea! ¡valor! ¡Salve la pureza de la intencion el pecadillo de escuchar lo que no quieren decirme!

NOVOA.

(Dentro.) Esperaré.

TERESA.

¡Ah! ¡Ya viene! (Entra por la derecha y corre las cortinas.)

ESCENA V.

NOVOA, SOLO.

Se detiene al entrar como irresoluto, y despues de un momento avanza con decision. Pasea la vista por la escena, y en todo el curso del monólogo aparece inquieto, sentándose ó paseando alternativamente, hasta el instante en que al entrar el Marqués lo recibe con la apariencia del hombre que abriga una resolucion firme.

Aqui he de esperar. ¿Tardará mucho? ¡Tendrá que desembarazarse con cualquier pretexto de la turba de cortesanos matinales que espiarán en sus ojos y en el color de su cara si ha soñado en la última noche con una derrota ó con un nuevo triunfo ministerial! No me daria gusto por cierto, si han de pasar por aqui esas gentes, que me viesen. ¡Bah! ¿Qué me importa ya? ¿No he jugado el todo por el todo al entrar por esa puerta? ¡Qué tonteria! ¡Estuve á punto de volverme atras al tocarla! ¡Donoso fuera que por un inesperado escrúpulo perdiese la ocasion de alcanzar lo que há tanto tiempo tan tenaz y trabajosamente persigo! (Pausa.) ¡Es singular! Me desazona una inquietud extraña al pensar en que voy á dejar mi modesta casita, mi pobre bufete de cedro; en que ya no enlodaré mis botas en las calles de Lisboa para ir á la Cámara. En honor de la verdad tiene cierto encanto esto de verse temido de los malos y respetado de los buenos: obrar de tal modo, que hasta la boca del enemigo tenga que abrirse alguna vez en alabanza nuestra: ser... ¡Bah! ¿Voy á hacer ahora una poesia sentimental, yo que, á Dios gracias, nada tengo de poeta, ni siento mas que el deseo de ser rico y poderoso? Sobrado tiempo he representado el papel de Caton: hora es ya de ensayar el de César.

ESCENA VI.

NOVOA Y EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

Perdone usted, señor de Novoa, si he tardado...

NOVOA.

Acaso habré interrumpido á usted...

MARQUÉS.

No ha hecho usted mas que honrar mi casa.

NOVOA.

Nadie mas honrado que yo al pisar sus umbrales.

MARQUÉS.

Ruego á usted que tome asiento. (Lo hacen ambos de modo que Novoa quede á la derecha. Una pausa breve.)

NOVOA.

El señor de Vasconcelos...

MARQUÉS.

Me habló ayer por vez segunda del asunto que tanto nos interesa. Estimando yo en lo que vale la propuesta de Vasconcelos, y conociendo lo que gana el ministerio logrando contar á usted entre sus defensores, consulté anoche con mis compañeros de gabinete, y de comun acuerdo ofrecemos á usted la cartera del Reino que ha renunciado, por falta de salud, el Baron de Couto.

NOVOA.

(¡Oh!) (Comprimiendo su alegria.) Excuso manifestar á usted cuánto me honra tal oferta y el placer que tendria en probar con la accion, á mas de la palabra, el apoyo leal que, atendiendo al bien del pais, estoy resuelto á prestar al gobierno; pero desearia que por acallar la maledicencia...

MARQUÉS.

Nada puede ella, señor Novoa, contra los hombres de las prendas y la fama de usted. Si tan solo ese escrúpulo infundado embaraza su voluntad, ruego á usted que me dé licencia para ir cuanto antes á proponer á su majestad que se digne rubricar el decreto...

NOVOA.

(Interrumpiéndole.) Suplico á usted, señor Marqués, que me atienda

sobre otro asunto que me interesa aun mas que el de mi entrada en el ministerio.

MARQUÉS.

Diga usted, pues.

NOVOA.

De mas conocerá usted que al emprender una conducta política contraria á la que seguí hasta hoy habré tenido que violentar mi carácter, que triunfar de ciertas repugnancias...

MARQUÉS.

Que avaloran el sacrificio de usted y aumentan nuestra gratitud.

NOVOA.

Acaso la merezca menos de lo que usted piensa: tal vez me aconsejáran en vano mi razon y mi patriotismo el paso que doy, á no mover invenciblemente mi ánimo un sentimiento por largo tiempo dominado, tirano ya de mi albedrio.

MARQUÉS.

¡Un sentimiento!

NOVOA.

¿Lo extraña usted? ¡Como todos, imagina que no tengo corazon! ¡Cuánto se engañan los que asi piensan! Yo que he sacrificado, es cierto, todas las mejores horas de mi vida al ingrato combate del periodismo y de la tribuna; yo que, extraño al mundo en cuanto no conviniese su trato á la continuacion de mi penosa tarea, he aparecido como un hombre que rompiera los lazos que nos unen en la humanidad por el amor; yo, con rubor lo confieso, he sentido mas de una vez humedecerse mis ojos buscando, vanamente, una sonrisa que pagase mis triunfos, una mirada cariñosa que compartiera la amargura de mis reveses.

MARQUÉS.

No seré yo quien dude de que pueda usted sentir asi.

NOVOA.

Usted me hace justicia; ¿qué mas puedo desear? Si, porque esa as-

piracion á encontrar un ser querido cuya casta influencia dulcifique mis pasiones y alumbre mi juicio, usted puede colmarlas con una palabra.

MARQUÉS.

¿Yo!

NOVOA.

(Poniéndose de pié.) Señor Marqués de Villa de Souto, ¿quiere usted concederme la mano de su hija?

MARQUÉS.

(Con sobresalto y disgusto.) ¿De mi hija! (Pausa.)

NOVOA.

(Mordiéndose los labios.) ¡Comprendo! ¡Un enlace tan desigual!...

MARQUÉS.

¡Oh, no, por Dios, señor Novoa! ¡No me calumnie usted con tan ridículo supuesto! Sobrada nobleza tiene en sí el hombre que vale lo que usted para honrar cualquier linaje; pero mi hija es una niña... cuenta apenas diez y ocho años...

NOVOA.

Esa edad, sin embargo...

MARQUÉS.

¿Desea usted que le confiese la verdad? Un sentimiento egoista me aconseja mi negativa. ¿Qué quiere usted? ¡Los padres somos asi! ¡Usted llegará un dia á comprendernos y á disculparnos! Ademas, si usted conociese las circunstancias que no me dejan pensar sin terror en separarme de mi Teresa! Contaba apenas dos dias de nacida cuando una noche invadió la policia mi casa y me arrancó del lado de mi mujer y de mi hija, para sepultarme en un calabozo, adonde me llevaba el odio de mis enemigos políticos. La piedad del monarca abrió las puertas de mi encierro; pero al volver á mi casa vi en extraño seno á mi hija, llorando y extendiendo sus bracitos, como si llamase á su pobre madre, que habia muerto á las pocas horas de mi prision. (Pausa. Se enjuga los ojos.)

NOVOA.

(¡En mala hora le asaltó tal recuerdo!) (Turbado.)

MARQUÉS.

Asi pues, desde entonces, desde que nació, la vida del padre y de la hija han sido una sola vida. *Por ella me alegro de ser rico, por *ella estimo el vano lustre de mi cuna, y*por ella quisiera romper *cuanto antes el odioso yugo de la política, para concentrar todos mis *pensamientos, todos mis deseos en el amor de mi hija.*

NOVOA.

¿Pero acaso al unirse con quien...

MARQUÉS.

*¿Cómo he de dudar un momento, amigo mio, que usted procura-*ria su felicidad?* Pero fuerza es que revele á usted una extraña preocupacion que me domina. Quisiera que, á no arrastrarle á ello una pasion invencible, no fuese esposa de ningun hombre político. Cuando pienso en que puede acontecer ¡me acuerdo tanto de su pobre madre!

NOVOA.

(Violentándose.) Está bien. Respeto los motivos que niegan toda esperanza al mas puro sentimiento que ha hecho latir mi corazon, y ruego á usted, señor Marqués, que olvidando lo que hablamos, olvide tambien el asunto ocasion de nuestra entrevista.

MARQUÉS.

¿Cómo! ¡No es posible que...

NOVOA.

He manifestado á usted francamente que mas bien movido por el amor que por el convencimiento, iba á hacer lo que, no solo mis enemigos, sino alguien mas calificaria de una defeccion. Usted, señor Marqués, me detiene á tiempo, y con tanta oportunidad cuanto que el sacrificio que intentaba de mi conciencia política era tal, que ella me aconseja, como un deber imperioso, formular ante las Cámaras

una acusacion contra alguno de los individuos que forman el gabinete.

MARQUÉS.

¿Qué dice usted! (Con terror.)

NOVOA.

Digo que al morir, há seis meses, el opulento banquero Fonceiras testó en favor de la nacion diez mil libras portuguesas que adquiriera ilegítimamente, segun confesion propia, en uno de los muchos contratos que celebró con el gobierno.

MARQUÉS.

¡Señor Novoa!...

NOVOA.

Mi celo por los intereses públicos me inclinó á averiguar cuanto se referia á este asunto, logrando saber por un escrito autógrafo de Fonceiras que envolvia un crímen de alta traicion su primera falta.

MARQUÉS.

¿Cómo!

NOVOA.

Cuando por defender los fueros de la corona y del pais sacrificaban su vida nuestros soldados en el campo de batalla, falto el pretendiente de recursos en nuestro suelo, contrató con una fábrica extranjera la construccion de un gran número de fusiles; la casa de Fonceiras debia introducir á su vez otra gran cantidad para las tropas leales, y á la sombra de ellos, aumentando falsamente su importe, pasaron por nuestras aduanas las armas que debian empuñar los rebeldes, costeadas con el sudor de los mismos pechos contra quienes se asestaban. ¿Quiere usted que le diga ahora, señor Marqués de la Villa de Souto, el nombre del ministro que firmó la real órden que autorizó aquel doble atentado contra la hacienda pública y la causa del trono?

MARQUÉS.

¡Oh, calle usted por Dios! ¡Yo acusado de traidor á mi patria, de malversador de sus caudales! Usted debe saber que en el aciago tiempo en que regí el departamento de Hacienda, esclava mi atencion

de nuestras encarnizadas luchas de partido, me abandoné con honrada confianza á las personas que me rodeaban, no teniendo otra parte en sus actos que la responsabilidad. Usted debe saber que noticiándome, poco antes de espirar Fonceiras su culpable accion, pero sin revelarme sus cómplices, he devuelto secretamente al tesoro público, comprometiendo la fortuna de mi hija, la parte que se pudiera suponer secuestrada por mí; y usted, por último, debe creer en la inmaculada honra del hombre, que bajo el peso de tal acusacion, le dice que no merece morir á estocadas como un caballero quien con la amenaza de una inmerecida infamia intenta arrancar á una hija de los brazos de su padre!

TERESA.

¡Ah! (Abriendo las cortinas y retrocediendo al ver á Novoa calmarse.)

NOVOA.

¡Señor Mar!... (¡Su hija!) (Conteniéndose.) Las canas de usted, el ser padre de la mujer á quien amo, me transforman de tal modo, que escucho, como usted vé, lo que acaba decirme. Esto le prueba á usted lo que podria hacer *ella* de mí si usted consintiese en mi ventura. Esto le hará conocer, que no por dudar de su honor, que solicito hacer mio, sino porque mis obligaciones políticas lo exigen, debo procurar que se respeten los fueros de la justicia pública, y que solo podria excusar mi culpable silencio el afan natural en un marido cariñoso de mantener ileso el nombre de su esposa. (Se inclina respetuosamente y sale sin esperar á que hable el Marqués, quien yendo á seguirle es detenido por la voz de Teresa, que entra en escena pálida y desatentada, aunque procurando disimular lo que siente con su ademan y sus palabras.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, TERESA.

TERESA.

¡Padre!

MARQUÉS.

(Volviéndose y corriendo hácia ella.) ¡Hija mia! ¡Tú aqui! ¿Has oido!...

TERESA.

¡Todo!

MARQUÉS.

(Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Oh!

TERESA.

¡Perdon, padre mio! ¡Dígame usted por Dios que me perdona!

MARQUÉS.

¿De qué eres culpable, ángel mio! Pero dime, dime que tú no crees que lo ha sido tu padre, dime que me querrás siempre como me has querido; que no te avergüenzas de llamarte hija mia!

TERESA.

¡Yo!... ¡Padre de mi alma!!! (Arrojándose en brazos del Marqués.)

MARQUÉS.

¡Gracias, gracias, Dios mio!! (Quedan abrazados unos momentos y despues se apartan, procurando aparecer ambos ricueños y tranquilos.)

MARQUÉS.

¡Ah! (Respirando con libertad.) Ya me rio de mis enemigos y sus asechanzas. ¿Qué pueden importarme? Tú, Teresa mia, tú dispon lo que debo hacer, á todo me allano. Antes, cuando á mis solas me asaltaba el temor de verme en el trance en que me veo, nunca me conformé con la idea de acreditar la calumnia, huyendo al extranjero; pero hoy, si tú lo quieres partiremos cuanto antes, yo me resignaré tranquilo á que mi nombre sea la befa y el horror de mis conciudadanos, descansando en la pureza de mi conciencia y en el amor de mi hija, que no me abandonará. Si por el contrario, como yo, piensas que debo afrontar sereno las consecuencias de mi imprevision, poco me importará que mancille mi fama un injusto fallo, que carguen mi cuerpo quebrantado con la cadena del presidiario, porque tú siempre me juzgarás lo que he sido, porque tus caricias convertirán en alegrias todas mis penas!

TERESA.

(¡No hay remedio!)

MARQUÉS.

¿Teresa?...

TERESA.

¿Por qué, padre mio, por qué atormentarnos con la imaginacion de unas desgracias que no deben existir?

MARQUÉS.

¿Cómo?

TERESA.

¿Cree usted que pudiendo salvarlo de ellas, su Teresa, aunque fuese á costa de mil vidas que tuviera, de lo que valiese para ella mas que la vida, no lo haria orgullosa y contenta?

MARQUÉS.

¡Unirte á ese hombre! ¡Nunca! Deja que yo arrostre mi destino.

TERESA.

¡No, no; padre mio! Consiga usted sobre todo, sea como fuere, la seguridad de que nadie podrá amenazar á usted con esa tremenda acusacion... ¿qué importa lo demas!

MARQUÉS.

Pero, ¿yo he de consentir?... ¡Esto es horrible!

TERESA.

Cálmese usted por Dios. ¿Vale tanto lo que hago? ¡Ya vé usted!... él... dice... que me ama...

MARQUÉS.

¿Y tú?...

TERESA.

(Con horror.) ¡Yo!! (Reparando en la impresion que causa en su padre.) Pero ¿qué importa? yo no le amo porque... porque... yo no amo á nadie... (¡Ay!!) (Comprimiendo su corazon.)

MARQUÉS.

¡Él dice que te ama!...

TERESA.

¡Quién lo duda!.. ¡Qué, si no su pasion le habrá arrastrado á hacer lo que ha hecho? ¿No ensalzan todos la nobleza de sus sentimientos? ¿No es proverbial la rectitud de su conducta? *¿Qué mas puedo desear?*

MARQUÉS.

¡Y lo dices llorando!

TERESA.

*Lloro por... el temor de que no atienda usted mis palabras, llo-*ro... de... alegria al pensar que yo puedo salvarlo!*

MARQUÉS.

Si en realidad te amase...

TERESA.

¿Por qué, si no habia de solicitar mi mano? *El poder lograria al-*canzarlo por otros medios; notorio es que ha desdeñado siempre la *riqueza, innecesaria para un hombre de sus hábitos. Sin duda me *ama, no vacile usted, padre mio;* véalo usted pronto, arránquele usted ese fatal documento, y prométale usted cuanto quiera, cuanto quiera, menos apartarme del lado de usted.

MARQUÉS.

¡Hija mia! Yo no puedo resolverme...

TERESA.

¡No hay un momento que perder, hoy mismo puede ese hombre cumplir su amenaza!

MARQUÉS.

Si, la hora de la sesion se acerca: en ella deberia manifestar públicamente su adhesion al gobierno...

TERESA.

Y en ella se levantará quizás para... ¡Jesus! ¡Corra usted, padre mio! ¡Yo se lo ruego, se lo exijo por la memoria de mi madre, que desde el cielo me lo manda!

MARQUÉS.

¡Oh! ¡Teresa mia! ¡Dios te premie lo que haces por tu padre! (Besàndole ambas manos con efusion.)

TERESA.

¡Pronto! ¡Pronto!

MARQUÉS.

(Tira de una campanilla: sale un criado.) ¿Está el coche? (El criado afirma, entra en las habitaciones del Marqués y sale con el sombrero.)

TERESA.

(¡Madre mia, que no me falten las fuerzas!)

BARON

(Dentro.) Vamos tambien nosotros...

TERESA.

¡Oh! alguien viene. (Váse por la derecha.)

MARQUÉS.

¡Hija de mi alma! ¡bendita seas!

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, ALMEIDA, EL BARON Y SALGUEIRO.

BARON.

(Dirigiéndose hácia el Marqués con afan.) ¿Qué ha resultado de la conferencia?

MARQUÉS.

Oiga usted... (Se vá por el fondo con él hablando.)

VIZCONDE.

Nada, nada, créanme ustedes: hace años era necesario que se renovasen los hombres en los puestos públicos porque la sociedad reclamaba nuestras luces... nuestros brios juveniles. ¿Eh? pero hoy la sociedad reclama de los jóvenes paciencia, paciencia!

ALMEIDA.

(¡Para oirte me vá á mí faltando!)

SALGUEIRO.

Pero, señor Vizconde...

VIZCONDE.

¡Nada, amigo mio! La seguridad del equilibrio europeo... la paz de los estados... la salvacion de la propiedad y la familia exigen que nosotros los hombres de peso y experiencia... ¿Eh?... porque cuando las teorias de Proudhon... ¿Eh? (Á Almeida.) ¿Usted no ha leido á Proudhon?

ALMEIDA.

No señor, ni ganas. (Separándose de él.)

VIZCONDE.

(Á Almeida.) Es lástima. (Á Salgueiro, con quien sigue hablando.) Este mozo es un ignorante.

ALMEIDA.

(¡No he visto excelentísimo señor mas necio! ¡y cuidado que los hay de á fólio!)

BARON.

(Entrando apresuradamente.) Señores, señores, grandes noticias.

VIZCONDE.

¡Grandes!

SALGUEIRO.

¿Cómo?

ALMEIDA.

¡Ahora el otro!... (Vá á irse por ol fondo.)

BARON.

Acaba de incubarse en esta sala una trasformacion política y social.

ALMEIDA.

(¿Qué dice?) (Volviéndose.)

SALGUEIRO.

Explíquese usted...

VIZCONDE.

¡Ya comprendo! (*Con satisfaccion.*)

SALGUEIRO.

¿Qué comprende usted? (*Con curiosidad.*)

VIZCONDE.

Lo que el señor ha dicho: que la sociedad se conmueve en su base... que vuelve á los hombres de peso y experiencia el gobierno los ojos...

ALMEIDA.

Perdone usted. El señor no ha dicho siquiera que el gobierno tenga ojos.

BARON.

Cierto: lo que yo dije es, que á la política actual convergen elementos antes divergentes, que se abren á la familia nuevos horizontes de propagacion.

VIZCONDE.

¡Ah! eso es otra cosa. (*Como quien lo ha entendido.*)

SALGUEIRO.

Si eso... (*Con perplejidad.*)

ALMEIDA.

¿Qué es eso?

BARON.

Que mañana aparece un decreto nombrando á Novoa ministro de lo Interior.

VIZCONDE.

¡A Novoa!

ALMEIDA.

¡Ayer oposicionista y hoy ministro!

BARON.

¡Qué hay de extraño! Las ideas de un hombre superior no estan

como el árbol clavadas en un punto: vagan como el águila de uno en otro espacio.

VIZCONDE.

Si el órden social lo reclama...

SALGUEIRO.

Si el bien público lo exige...

BARON.

¡Y qué adquisicion para el gobierno! ¡Honrado, como ninguno! ¡Elocuente, como pocos! ¡Hombre de corazon si los hay!

SALGUEIRO.

¡Es una de nuestras glorias nacionales!

VIZCONDE.

¡Lástima grande que no tenga experiencia!

ALMEIDA.

(Risueño.) (Presintió la verdad Teresa. ¿Habrá hablado con el Marqués?)

BARON.

Hay mas. El jóven y simpático ministro dará pronto su mano á una de las mas bellas é ilustres señoritas de la córte.

ALMEIDA.

¿Cómo!

SALGUEIRO.

¿A quién?

BARON.

A la hija del presidente del consejo.

ALMEIDA.

¿A Teresa!

BARON.

Justo.

VIZCONDE.

¡Calle!

SALGUEIRO.

¿De veras?

ALMEIDA.

Eso es imposible. ¿Cómo habria el Marqués de comprar los favores de la apostasia á semejante precio? ¿Qué hombre se aviene para cerrar la boca de un ambicioso, á sacrificar su propia hija!

BARON.

¿Qué habla usted de sacrificio, si ella consiente en el matrimonio?

ALMEIDA.

¡Ment... Eso no puede ser!

BARON.

Su padre acaba de decírmelo, su padre, cuyos reparos ha vencido ella repitiéndole una y otra vez que consiente gustosa.

ALMEIDA.

(¡Ella consiente!) (Queda como herido de un rayo, y sin poder ocultarlo se apoya en un mueble separándose de los otros.)

VIZCONDE.

¿Qué le ha dado?

BARON.

No vé usted que él pretendia...

VIZCONDE.

¡Qué fatuidad!

SALGUEIRO.

¡Un absurdo!

BARON.

¡Es menester ser tonto para...

SALGUEIRO.

Solo porque le devolvió alguna que otra mirada...

BARON.

Si él la miraba, ¿qué habia de hacer ella mas que mirarle?

SALGUEIRO.

Lo mismo ha hecho mil veces conmigo.

BARON.

¡Y conmigo!

VIZCONDE.

Yo voy á dejar una tarjeta á Novoa...

BARON.

Acompañaré á usted.

SALGUEIRO.

A mí tambien se me hace camino. (Salen los tres sin saludar á Almeida, que no repara en ellos, y lo miran sonriendo desdeñosamente.)

ESCENA ÚLTIMA.

DON JUAN DE ALMEIDA, DESPUES ANA.

ALMEIDA.

¡Ella consiente!!... ¡Ah! (Despues de pasear la vista por la escena, viéndose solo se dirige resueltamente á la habitacion de Teresa y le sale al paso Ana llorosa y con una carta en la mano.)

ANA.

Señor de Almeida...

ALMEIDA.

¡Ana!... ¿En dónde está Teresa?...

ANA.

No es posible que la vea usted ahora.

ALMEIDA.

¿Pero usted no sabe?... ¡Oh, si ella no, dígame usted al menos!....

ANA.

Yo no tengo nada que decir á usted. Teresa me ha encargado que le dé esta carta. (Lo hace.) (¡No puedo verlo! ¡Me parte el corazon!) (Váse.)

ALMEIDA.

¡Estoy soñando!... (Abre la carta. Leyendo.) «Por la... última vez... »te digo... que te amo... te amo... pero no me preguntes por qué... »voy á ser de otro hombre... ¡ojalá que me olvides!... ¡Perdóname! »Teresa.» ¡Que la perdone!! ¡Que la perdone, cuando há un momento! ¡aqui mismo!!! ¡Ah maldit!... ¡No, no puedo maldecirla!... ¡la am... la!... ¡Ay! ¿en dónde estás, madre mia! ¡Yo necesito llorar y tú sola no te burlarás de mis lágrimas! (Cae el telon.)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Salon en casa del Vizconde de Coutiño, alhajado fastuosamente é iluminado como para un baile. Se oirá la música lejana de vez en cuando. Al levantarse el telon aparece Matilde delante de un espejo, arreglando su tocado y probando el efecto que le haria en el pecho un ramillete de flores, que tendrá en la mano. D. Luis que saldrá por el fondo se acerca de puntillas, en ocasion que tiene la cabeza baja y no puede verlo en el espejo y le quita una flor del ramillete.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS DE ALMEIDA, MATILDE.

MATILDE.

¡No estaria feo!... pero si esto es un mundo de flores. ¡Ah!! (Volviéndose asustada)

DON LUIS.

Ya hay una menos.

MATILDE.

Devuélme esa flor.

DON LUIS.

(Despues de besarla.) Vaya pues.

MATILDE.

No, con eso no.

DON LUIS.

Pues trata tú de quitárselo. Yo no sé cómo hacerlo.

MATILDE.

¡Venga acá! (Arrancándosela con fingido enojo. Procura meterla en el ramo, y aparentando que no puede, saca otra, alargando la mano hácia D. Luis y

pone la primera en su lugar.) Pues ya no cabe aqui... como no quite esta...

DON LUIS.

(Cogiéndola.) Cobro mi flor, y con usura. (Besándole la mano.)

MATILDE.

(Huyendo la mano asustada.) ¿Qué es esto? (Con seriedad.) Señor don Luis de Almeida, si no tiene usted juicio no vuelvo á hablarle en mi vida.

DON LUIS.

Señorita doña Matilde Novoa, si no desarruga usted el ceño le quito otra flor y...

MATILDE.

Basta, basta. Dejemos en paz las flores y vamos á lo que importa. (Se sienta en un canapé y D. Luis se apoya en el espaldar.) ¿Por qué no ha tardado usted un poquito mas en venir al baile?

DON LUIS.

Porque ardia en deseos de ver á usted hacer ese gesto tan mono, para reñirme por mi tardanza.

MATILDE.

¡Eso es! (Con enojo.)

DON LUIS.

¡Vamos, calma! Sepa usted que he comido en casa del embajador inglés con mi hermano; que semejantes convites y que me mareen con cuentos y peticiones sus aduladores políticos, es lo que constituye mi posicion oficial.

MATILDE.

¿Y para qué necesitas tú de nada: si me quisieras como yo á tí, te rosolverias á...

DON LUIS.

Si, me resolveria yo, agregado de embajada sin sueldo, á presentarme al señor don Fernando Novoa, á quien apenas he hablado dos

veces, para pedirle la mano de su hija, nieta ademas del marqués de Villa de Souto. ¿No es esto?

MATILDE.

¡Y qué! ¿No eres tú... en primer lugar *tú*, que es lo mas esencial para ser mi marido, porque te quiero, y en segundo lugar hermano del presidente del Consejo?

DON LUIS.

¡Donosa recomendacion! Pues si en ella estriba uno de mis principales temores. ¿Tú no lees el *Diario de las Sesiones*?

MATILDE.

¡Líbreme Dios!

DON LUIS.

Y á mí tambien; pero he asistido á alguna, y como abriese tu padre la boca, tales cosas ha dicho de mi hermano, que acordándome de tí, he resuelto salirme á la calle por no desmentirle desde la tribuna.

MATILDE.

Eso no significa nada. Yo he oido mil veces á mi abuelo ensalzar á tu hermano, que dicen contribuyó ha muchos años á que dejasen de ser ministros él y mi padre.

DON LUIS.

No es lo mismo: con tu abuelo, aunque no se visitan, mantiene muy buenas relaciones mi hermano; pero por desgracia no sucede lo mismo con tu padre: los he visto varias veces saludarse, obligados por la ocasion, y lo hacian con una frialdad tan ceremoniosa, que me parecia que nos separaban á nosotros al darse ellos la mano.

MATILDE.

¿Y tú hermano sabe que tú me amas?

DON LUIS.

¡Cómo habia de ignorarlo! Si no puedo ocultarle un mal sentimiento, ¿le ocultaria el que uno en pura trinidad al cariño que á él

le profeso y á la adoracion que me inspira el recuerdo de mi madre? Cuando murió ella, sin lograr que recogiese Juan su último suspiro, vine yo á Lisboa con el corazon muerto, creyéndome desamparado en el mundo, porque juzgaba que engolfado mi hermano en la política, atenderia á mi bienestar y á mi carrera; pero sin alimentar la sed de cariño que me aquejaba. ¡Cuánto me engañé por ventura mia! El celo del padre mas cariñoso, la ternura de la madre mas apasionada, la confianza que inspira el mejor amigo, todo lo encontré en él, logrando hacerse dueño de mi voluntad y de mi pensamiento. Le revelé un dia que estaba enamorado de tí, cuando aun no te lo habia dicho, y trató de combatir mi afecto. «Luis me dijo, el hombre que es »pobre y se estima en algo no debe poner sus ojos en una mujer rica: »quédense para los ricos como ellas ó para los que venden su digni»dad por una dote.»

MATILDE.

¡Me gusta la teoria!

DON LUIS.

Viendo aumentado por el tuyo el cariño á que él se opusiera, hubo de convencerse de que mas podia mi amor que sus razones, y asi pienso que hoy no lo desaprueba por la alabanza que de tí hace, aunque ni en pró ni en contra profiere una palabra.

MATILDE.

Mas vale que no despliegue los labios. ¡Si ha de ser para decir lindezas como las pasadas! ¡Pues nuestra situacion no es tan mala como nuestro temor la finge! Mi padre, no obstante que me quiere mucho, apenas se mezcla en los negocios de familia: si en apariencia no, vive en realidad separado de nosotros, y asi aunque él preferiria que casase con un personaje de mucha importancia y mucho dinero, quien realmente han de disponer de mi suerte son mi abuelo y mamá: del primero consigo yo siempre lo que se me antoja: á la segunda me parece que no debes temerla.

DON LUIS.

¡Ojalá que de ella no mas dependiese nuestra dicha!

MATILDE.

¡Hola! ¡Tan seguro está usted de su estimacion!

DON LUIS.

¡Cómo no! Extraña me pareceria su bondad conmigo, á no recordar la simpatía que me manifestó cuando me presentaron á ella en un baile de la córte; apenas cruzó dos palabras con la señora que nos dió á conocer, apoyándose en mi brazo, comenzó á hablarme recayendo la conversacion en la pérdida dolorosa que yo habia sufrido: cuando le hablaba de esto y de lo bueno que para mí es mi hermano sentia temblar su brazo y se cuajaban sus ojos de lágrimas, de modo que su conmocion y cierta aureola de amor y respeto que á mis ojos la rodeaba, me impresionaron hasta el punto de parecerme destinada por Dios antes de aquel dia á ser mi segunda madre!

MATILDE.

¡Oh no sabes tú lo bueno que es su corazon! ¿Qué vale la belleza de su rostro comparada con la de su alma? ¡Y eso que mi madre es muy hermosa! ¿No es verdad?

DON LUIS.

¡Nuestra madre!

MATILDE.

Asi me gusta. ¡Nuestra madre! Pues bien, para que lo sea, necesario es que pensemos en triunfar de la temida oposicion de papá. ¡Ah! ¡se me ocurre ún medio magnífico!

DON LUIS.

¿De veras?

MATILDE.

Infalible.

DON LUIS.

¿Cuál?

MATILDE.

Hazte hombre político.

DON LUIS.

¿Yo?

MATILDE.

Tú.

DON LUIS.

¿Asi, de repente?

MATILDE.

Como el objeto lo reclama..

DON LUIS.

Pero si yo en mi vida me he cuidado de la cosa pública.

MATILDE.

Pues comienza ahora á cuidarte.

DON LUIS.

¿Y cómo comienzo?

MATILDE.

Siendo diputado.

DON LUIS.

¡Diputado yo! ¿Cómo podria hablar en la cámara, cuando si me veo delante de seis personas callo como un cartujo?

MATILDE.

¿Y qué falta hace saber hablar para ser diputado?

DON LUIS.

¡Es verdad, que hay casos! Pero ¿quién me daria su voto?

MATILDE.

El Consejo de Ministros; ¿qué mas quieres?

DON LUIS.

¡Al instante! ¡Bonito es mi hermano para el caso! ¡Con que hace un año que me tiene haciendo méritos, sin sueldo, y se prestaria á convertirme en padre de la patria! Nunca me atreveré á pedírselo.

MATILDE.

Pues necesario es que te atrevas.

DON LUIS.

Pero...

MATILDE.

Ó creeré que no me quieres, pues que te niegas á hacer por mí tal sacrificio.

DON LUIS.

Atiende y...

MATILDE.

Y ha de ser pronto.

DON LUIS.

Tú si que no...

MATILDE.

¡Uy, papá! (Reparando en Novoa, que sale por el fondo.) Usted me dispense: no bailo polkas, porque mamá no quiere. (Ap. á él.) Véte ahora.

DON LUIS.

Entonces...

MATILDE.

Puede usted buscarme cuando toquen el primer rigodon.

DON LUIS.

Doy á usted mil gracias. (Saluda, y al volverse lo hace tambien á Novoa, que ha bajado al proscenio.)

ESCENA II.

MATILDE, NOVOA.

MATILDE.

¡Tú aqui, papá mio!

NOVOA.

Temí que no reparases en mí, distraida con ese pollito. ¿Qué te decia?

MATILDE.

Que quiere ser mi pareja.

NOVÔA.

No tiene mal gusto.

MATILDE.

¡Qué galante estás, papá!

NOVOA.

¿Y ese mozo creo que es hermano del generoso patricio que tan bien se halla en la poltrona ministerial?

MATILDE.

Si; ¿y por qué ha de hallarse mal?

NOVOA.

Cierto que no hay por qué. El mal será para otros.

MATILDE.

¿Para quién?

NOVOA.

Para los que reciban daño de su gobierno.

MATILDE.

¡Daño! ¡Pues si dicen que es tan bueno!

NOVOA.

¿Á quién le has oido tú decir eso?

MATILDE.

Á todo el mundo y á mi abuelito.

NOVOA.

Tu abuelo, como lo tuvo allá en sus tiempos de secretario, se afana en probar que no hizo mala eleccion.

MATILDE.

¡Aseguran que el pueblo lo quiere tanto!

NOVOA.

El pueblo es como las mujeres, ama y aborrece en un dia.

MATILDE.

Mira, no es urbano hablar mal de las mujeres delante de ellas.

NOVOA.

¡Hola! ¿Pretende usted ya pasar por tal?

MATILDE.

¿Cómo no si cumplí ayer diez y seis años?

NOVOA.

¡Ay! es verdad. ¡Y yo, que no me acordaba!

MATILDE.

Pues no dejé yo de procurarlo. Ayer me dijo mamá, como siempre: «niña, vé á darle los buenos dias á tu papá;» añadiendo: «y recuérdale que hoy cumples años.» Corrí á tus habitaciones y me dijo tu ayuda de cámara que desde muy temprano estabas encerrado con ese señor que salió há poco del ministerio... que me es tan antipatico...

NOVOA.

¿Con Silva?

MATILDE.

Justo. Despues, ni en lo que restó de dia ni hoy, he logrado echarte la vista encima hasta ahora.

NOVOA.

Hija mia, estaba muy ocupado, si no ¿qué mayor gusto para mí que cumplimentarte porque me vas haciendo viejo? (Con cariño.)

MATILDE.

¡Si! ¡ven con lisonjas! ¡Mal se avienen estas con pasar tantos dias sin hablarnos, sin vernos siquiera!

NOVOA.

Bien á pesar mio sucede, pero...

MATILDE.

Nada, nada. No pretendas hacerme creer que hay ocupaciones

que obliguen á un hombre á renunciar al cariño de su familia.

NOVOA.

¿Y quién te ha dicho que yo?...

MATILDE.

¿Cómo que no! Yo quisiera no hablar de estas cosas, y siempre que lo intento con mamá, me cierra la boca besándome y me dice: «las niñas no entienden de eso;» pero ya no soy tan niña como piensan, y asi, permita usted que le reprenda un poco, señor papá.

NOVOA.

¿Cómo?

MATILDE.

¿Crees que pueda yo pensar con gusto y sin extrañeza en que no recuerdo haberte visto nunca cambiar dos palabras seguidas con mamá? Todos, porque dicen que no soy fea, porque vivimos en la opulencia, me juzgan muy dichosa; pero lejos de ser asi, muy buenos ratos me doy de llorar á mis solas considerando que mi padre y mi madre, dos personas á quienes quisiera yo amar como una misma, se tratan con mas indiferencia que dos extraños!

NOVOA.

Basta, basta. Tu madre tiene razon. Tú no tienes edad para entender esas cosas.

MATILDE.

¡Pero sí la tengo para sentirlas!

NOVOA.

Basta, repito.

MATILDE.

Bien, callaré. (Pausa)

NOVOA.

¿Has bailado mucho? (Con amabilidad.)

MATILDE.

Nada.

NOVOA.

¿Pues cómo?

MATILDE.

No han tocado mas que una vez, y estaba yo con mamá saludando á la Vizcondesa. ¡Pobrecilla! ¡Tiene una cara que parece que esta música que suena en honor de sus bodas es la de sus exequias!

NOVOA.

Ya verás cómo no se muere.

MATILDE.

Verdad es que dicen que se casa por su gusto, pero yo no lo creo. ¿Cómo ha de tenerlo una jóven como ella en unirse con el Vizconde *de Coutiño que pudiera ser su abuelo, y es ademas...

NOVOA.

*Niña, que estamos en su casa.

MATILDE.

*Válganle los fueros de la hospitalidad.

NOVOA.

*Eres una loquilla. La vizcondesa ha aceptado este título de muy *buena voluntad, como lo merecen la posicion y riqueza de su mari- *do. Verdad es que há ya muchos años que es *hombre de experiencia y* **de peso*, como él dice;* pero no todas tienen como usted, señorita, la fortuna de que las pretenda quien no puede ser desairado por motivo razonable.

MATILDE.

¿Yo!

NOVOA.

Tú. ¿Te haces de nuevas cuando te he dicho que él mismo me ha hablado?

MATILDE.

¡Oh! ¡El duque de Gureiño! ¡No me lo digas, por Dios, ni en chanza, papá mio!

NOVOA.

¿Por qué? Ese es jóven.

MATILDE.

¡Calla! Ese hombre no tiene edad; ha nacido viejo.

NOVOA.

Sin embargo, está en la flor de sus años.

MATILDE.

Y parece que está en la espina.

NOVOA.

Es rico.

MATILDE.

Siéndolo yo para nada necesito que lo sea mi marido.

NOVOA.

Todas las jóvenes de Lisboa dicen que es un tipo de elegancia.

MATILDE.

Si; las que rabiando por ser duquesas se pagan de que usa unos pantalones muy anchos, vá á caballo hecho un compás, y talarea de memoria todas las óperas conocidas.

NOVOA.

Tiene un apellido ilustre. Es par del reino.

MATILDE.

Yo quiero casarme con un hombre que me guste, no con un par.

NOVOA.

¿Y quién te ha de gustar con...

MATILDE.

Quien no se crea obligado como el señor Duque, porque pasa los veranos en Lóndres, á no saludar á las personas ó descoyuntarles el

brazo si las saluda; quien no se olvide de *pronunsiar la erre* (Imitando la pronunciacion francesa.) porque ha vivido tres meses em Paris; quien no se dé aires de don Juan, siendo mas feo que un coco, y quien no bostece *fastidiado* (Imitando el tono del Vizconde.) delante de las señoras cuando es él capaz de fastidiar al mismo fastidio.

NOVOA.

Magnífico retrato si fuera fiel; pero no lo es, y asi es necesario que pienses...

MATILDE.

¡No! ¡no me digas, por Dios, que es necesario!

NOVOA.

¿Cómo no? Él solicita tu mano, y mientras no des mejores razones para desdeñarlo...

MATILDE.

La mejor razon es que no lo puedo ver; y me moriria primero que... (Tocan un rigodon.) ¡Ay que tocan el rigodon!

NOVOA.

Pues vé, vé á bailarlo y no pienses ahora en morirte.

MATILDE.

Bien. (Lo que haré antes que todo es hablar con mamá.) (Váse por el fondo, á tiempo que entran los interlocutores de la escena siguiente.)

NOVOA.

(Ella cederá.)

ESCENA III.

NOVOA, EL BARON, EL DUQUE DE GUREIÑO, SILVA, que entran por el fondo. Todos abren paso á Matilde; el Duque se le acerca con ademan confiado, tendiéndole la mano que ella rehuye haciéndole una cortesia y echando á correr. El Duque habla afectadamente é imitando la pronunciacion francesa.

BARON.

Parece que le temen á usted, señor Duque.

DUQUE.

¡Es mi sino! Y lo siento; porque como he dicho á usted, he resuelto casarme con ella y ¡debe ser tan fastidioso que lo ame á uno su mujer!

BARON.

¡Qué idea tan ingeniosa! (Á Silva.)

SILVA.

Sin duda: por el contrario, debe ser muy divertido que ame á otro.

BARON.

¡Qué observacion tan exacta!... (Al Duque.)

NOVOA.

Buenas noches, señores. (Todos le saludan.)

DUQUE.

¡Oh! *¡mon beau pere!* ¡Mi papá político!

NOVOA.

Si Dios quiere.

SILVA.

Y la niña.

NOVOA.

No se apresure á regalarme un título que...

BARON.

Parece inverosímil. No por usted, señor Duque, que es por tantos motivos el novio mas codiciado de la córte, sino porque el señor Novoa, á pesar de su larga y penosa carrera política, es tan jóven, que...

SILVA.

Á primera vista, cualquiera lo tomaria por nieto de su futuro yerno. (Todos rien.)

BARON.

No diré yo tanto. (Silva pasa al lado de Novoa. El Baron habla con el Duque.)

SILVA.

(Ap. á Novoa.) Tenemos que hablar.

NOVOA.

(Id.) Procuraré que nos quedemos solos sin que lo extrañe el Baron. (Alto.) ¿Han felicitado ustedes á los novios, señores?

BARON.

¿Pues cómo no! ¿Y usted?

NOVOA.

Á ella no la he visto: al Vizconde sí; pero comenzaba apenas á saludarle, cuando apareció en la puerta de la sala su actual ídolo, que lo es tambien de usted. (Al Baron.) El presidente del consejo, y desgarrando á una señora el traje con la punta de la bota derecha, fué á tropezar con la izquierda en una arruga de la alfombra, y cayó de rodillas á los pies de Almeida como en símbolo de su devocion ministerial.

SILVA.

¡Magnífico golpe de vista!

DUQUE.

¡Povero vechio!

BARON.

¡Se habrá lastimado! Voy á ver...

NOVOA.

Tranquilícese usted. El ilustre ministro, como usted diria, se dignó levantarle sano y salvo, entre las risas ahogadas del concurso.

BARON.

Pero la vizcondesa se asustaria y... (Con afan.)

SILVA.

Revela su cara tal susto desde que le echaron la bendicion, que nada creo que pueda asustarle mas.

BARON.

Es natural: la gravedad del nuevo estado, la emocion, el rubor...

SILVA.

Si, el rubor *pálido* que le causa el recuerdo de cierto capitan de artilleria, que digiere á estas horas calabazas porque no es vizconde ni tiene cuatro mil libras de renta.

DUQUE.

Connú, connú. (Cantando.)
La dolce memoria
D'un tenero amore...

BARON.

Ya le dió á este la musiquitis.

DUQUE.

(Terminando de talarear el aire que indican los versos, se deja caer en una butaca, dobla una pierna sobre la otra, y dice bostezando.) ¡Oh qué fastidio!

SILVA.

(Á Novoa.) Vá usted á tener un yerno tonto de remate.

NOVOA.

Asi no hará mas que lo que quiera su suegro.

ESCENA IV.

DICHOS,—DON JUAN DE ALMEIDA, EL VIZCONDE.

El Vizconde viene dando el brazo á Almeida y arrastrándolo como á pesar suyo: al reparar en ellos los interlocutores, Silva, revelando enojo, se dirige á una mesa en que hay libros y albums, abre uno y vuelve la espalda al resto de la escena: Novoa cambia con Almeida un saludo cortés y frio: el Baron se apresura á saludarlo y el Duque se levanta y clava los lentes en Almeida con impertinencia.

ALMEIDA.

No se moleste usted, señor Vizconde...

VIZCONDE.

No me privará usted de la honra de acompañarle.

SILVA.

(¡Oh!!)

BARON.

¡Señor presidente!...

DUQUE.

(Á Novoa.) *¿C'est le ministre?*

NOVOA.

Si. (Saludando á Almeida.) (Recibe el homenage de esos aduladores, pronto me lo rendirán á mí.)

(Almeida se desprende del brazo del Vizconde al acercársele el Baron. Aquel pasa á hablar con el Duque y con Novoa.)

VIZCONDE.

Señor Duque...

ALMEIDA.

¿Ha venido Salgueiro? (Al Baron.)

BARON.

Todavia no, ni es necesario. Convénzase usted de que no hay policia que sepa lo que sabemos los que *creamos atmósfera.*

ALMEIDA.

Si, pero...

BARON.

Salgueiro, metido entre los papeles de su negociado en el ministerio y preguntando á tal celador ó comisario, no puede saber como yo que los trastornadores de oficio há tiempo que se ocultan avergonzados; que los enemigos de usted estan confundidos, como... (Señalando á Silva.)

ALMEIDA.

Compadézcalo usted: mas que enemigo mio, lo es de sí propio.

BARON.

Que el pueblo adora en usted, que las gentes de órden y cuantos

tienen que perder, asi como los amantes de la libertad en usted fundan su esperanza; que nunca como ahora...

ALMEIDA.

Bien; mas atienda usted. (Siguen hablando.)

NOVOA.

(Á Silva.) Observe usted cómo se dobla el espinazo del Baron; parece de goma elástica.

SILVA.

No me vuelvo, por no ver á Almeida.

NOVOA.

¡Bobada! Siempre se debe mirar al adversario para que el golpe sea mas certero.

VIZCONDE.

(Hablando con el Duque.) Usted es aun jóven para casarse; yo, ya vé usted, lo hago cuando la experiencia... el mundo... ¿Eh?

DUQUE.

Yo no puedo amar á nadie. (Con fatuidad.)

VIZCONDE.

Sin embargo, el matrimonio, hoy que las teorias modernas... la revolucion... (Reparando en Almeida y el Baron.) Permítame usted... (Vá hácia Almeida.)

BARON.

Bien, le esperaré para decirle que vaya al ministerio. (Á Almeida.

ALMEIDA.

(Al Baron.) Gracias. (Al Vizconde.) Repito á usted que no se moleste: yo solo...

VIZCONDE.

De ningun modo! (Dándole el brazo y encaminándose á una de las puertas laterales.) Por aqui vamos á una galeria desde donde se vé la iluminacion de los jardines y comunica con ellos.

ALMEIDA.

¡Paciencia! (Dejándose llevar.)

VIZCONDE.

Pues como digo á usted, le convendria para una de las carteras vacantes... (Vánse por la derecha.)

SILVA.

(Soltando el libro.) ¡Gracias á Dios!

NOVOA.

Calma, calma.

BARON.

(Pensativo.) (Tal empeño en que venga Salgueiro, que ha de averiguar... ¡si abrigará temores de dar un batacazo! ¡cá!... *sin *embargo, ya lleva mas de veinte meses en la poltrona. ¡No se ha de *eternizar en ella!...*)

DUQUE.

Es simpático el ministro. ¿Es verdad? (Á Silva.)

SILVA.

¡Mucho!

DUQUE.

No le habia visto mas que de lejos á caballo, monta *pas bien, pas mal*. (Á Novoa.) ¿Quiere usted dar un *un petit tour* por los jardines?

NOVOA.

Gracias: no...

DUQUE.

¿Y usted? (Á Silva.)

SILVA.

Tampoco.

DUQUE.

Yo si, porque *fá caldo, fá caldo*. (Al Baron) *¿Are you warm?* (1).

(1) Significa *¿tiene usted calor?* y se pronuncia aproximadamente *¿ar yu uorm?*

BARON.

¿Qué?

SILVA.

(Impaciente.) Que si tiene usted calor y quiere acompañarlo al jardin.

BARON.

Yo voy al salon. (Yéndose.)

DUQUE.

Vamos allá. Veremos á la pálida vizcondesita pensando en el artillero, que entonará á solas...

Ma perché non posso odiarte
Infidel coum'io vorrei...

ESCENA V.

NOVOA, SILVA.

SILVA.

¡Hénos al fin solos! ¡Me devoraba la impaciencia!

NOVOA.

¿Tiene usted algo bueno que decirme?

SILVA.

Mucho.

NOVOA.

Sentémonos, pues. *Convenga usted conmigo en que á mas de es-*túpidamente arrojados, son muy necios los conspiradores vulgares.

SILVA.

*Ya lo creo. Presentar el cuerpo exponiéndolo á una bala ó una *cadena, es balbucear los rudimentos del arte.

NOVOA.

*Y prueba muy mal gusto, cuando se puede concertar la cai-*da del poderoso, saludándole risueño al fulgor de cien bujias y *recostándose en divanes de terciopelo, esconderse para hacerlo de

*la luz que ha de alumbrar una derrota ó el provecho de los que *nunca se dan malos ratos; pero vamos á lo que importa.* ¿Qué hay?

SILVA.

Convinimos en que la inquietud popular por la carestia del pan, era una favorable ocasion que no se debia desaprovechar; pues bien, mi enemigo me ha dado el arma que ha de esgrimir aquel invencible impulso. Esta mañana publica el periódico oficial varias órdenes del departamento de la guerra, internando algunos cuerpos que estaban cercanos á la frontera de España, y he hecho que mis agentes publiquen en hojas impresas y de palabra, que he dejado el ministerio del Reino porque me negué en el consejo á aprobar esa medida que favorece una invasion española, protegida por la Francia.

NOVOA.

Pero una noticia tan absurda...

SILVA.

Siempre el que obedece cree cualquier absurdo del que manda. No lo dude usted, esa noticia corre ya por todo Lisboa, la comprobará la observacion que he hecho cundir de que aun no se han provisto las carteras vacantes de la Hacienda y del Reino; el pueblo la oirá cuando se agrupe en esta madrugada á las puertas cerradas de las panaderias, y creerá firmemente que los panaderos no quieren amasar porque yo no soy ministro; correrá á pedir pan á Almeida, que no podrá darle mas que palabras; el amor que hasta hoy le tuvo se trocará cuando menos en enojo, y una vez enojado el pueblo contra el que fué su ídolo, á poco que le ayuden nuestras gentes, él lo derribará con sus propias manos.

NOVOA.

No se las prometa usted tan felices. El paso que ha dado usted, permítame que sea franco, es cuando menos imprudente. *Dije á usted que se debia explotar el desasosiego público; mas en el sentido *de conformar el juicio general, siempre vacilante si la inquietud lo *turba, al objeto de nuestro deseo: tal proceder haria mas seguro su

logro aunque lo retardase; pero entregar el éxito de nuestra empresa al azar de un motin improvisado...

SILVA.

¿Y por qué no probar este medio, ofrecido por la suerte? ¿Qué hacer si no? En vano vociferamos uno y otro dia en la cámara; las tribunas lo aplauden y la mayoria vota con él. Nuestros periódicos le hacen una guerra á muerte, y por donde quiera se leen los que lo ensalzan; creyendo eterno su mando se han puesto de su parte todos los cortesanos de la fortuna! ¿Qué hacer pues?

NOVOA.

No precipitar los sucesos, tal vez esperando...

SILVA.

¡Esperar! ¿Y es usted quien lo dice? ¿No nace de una ofensa hecha á usted y á mí juntamente la ocasion de mi odio á Almeida?

NOVOA.

No me lo recuerde usted.

SILVA.

Aun me parece que le oigo al proponer yo á usted en consejo, como candidato para la cartera de Hacienda, contestarme sonriendo, «diga usted á su amigo el señor Novoa que no queremos privar á la oposicion de tan digno jefe.» Insistí yo hasta amenazar con mi renuncia: «puede usted presentarla cuando guste,» me contestó friamente, y prefirió granjearse la enemistad del hombre á cuya familia debió ser diputado por vez primera, á dar á usted cabida en el ministerio.

NOVOA.

Pero ¿á qué cansarse? ¿Cree usted desear mas que yo la caida de ese hombre?

SILVA.

Pues si la desea usted no repruebe mi obra, lo que ademas seria inútil porque es tarde ya para retroceder. Lo inesperado del suceso hace probable el triunfo, y nada perderemos en ningun caso, seguro

como estoy de la lealtad de mis parciales. ¿Qué teme usted pues?

NOVOA.

Nada: dudar de que he de verlo pronto confundido, es lo que siento.

SILVA.

Querer es poder. Si damos hoy un golpe en vago, mañana daremos otro sobre seguro. (Mirando el reloj.) Son apenas las diez: no estallará el tumulto hasta la madrugada...

NOVOA.

Silencio: mi mujer. (Aparece Teresa por el fondo.)

SILVA.

Dejo á usted y le buscaré dentro de un rato.

NOVOA.

Hasta luego. (Váse Silva saludando al paso á Teresa.)

ESCENA VI.

NOVOA, TERESA.

NOVOA.

(Tiene razon. ¡Es fuerza seguir adelante!) ¿Teresa, tú?

TERESA.

(Corresponde al entrar al saludo de Silva y se sienta.) Si, soy yo que vengo á hablarte.

NOVOA.

¿Á mí?

TERESA.

Tú lo extrañas como yo me violento al hacerlo. ¡Es natural! Sin embargo, imperiosa ocasion nos obliga á que nuestra aparente armonia sea por un momento verdadera.

NOVOA.

¿Me he opuesto yo á que lo fuera siempre?

TERESA.

¡Es verdad! (Con ironia.) Yo sola soy la causa. No temas que pretenda variar nuestro estado, no: lo prefiriria á los primeros años de nuestro enlace aun sin haberme Dios concedido las caricias de mi hija, con ellas me parece un cielo.

NOVOA.

Norabuena. Yo tambien deseo conservar á toda costa nuestra independencia y calma, nuestro decoroso y mutuo aislamiento. ¿Qué dá lugar á que se interrumpa?

TERESA.

Lo único que puede moverme á ello: la felicidad de nuestra hija.

NOVOA.

¿Cómo?

TERESA.

Mas de una vez he tenido que desmentir desde hace dias una noticia tan inconcebible como ridícula; pero Matilde acaba de decirme que debemos temer su certeza; ella me ha asegurado que tú ¡su padre! acoges favorablemente las absurdas pretensiones del Duque de Gureiño.

NOVOA.

¿Y qué hay de extraño en que?...

TERESA.

¡Tú que lo conoces, tú que debieras conocerla! ¿me lo preguntas?

NOVOA.

Ni el sitio ni la ocasion son á propósito para tratar de tales asuntos. Estaba ahora ocupado en ..

TERESA.

Lo adivino: en hacer la ventura de tu pais; suspende, te ruego, tan patriótica tarea para pensar en no hacer la desgracia de tu hija.

NOVOA.

¡*La desgracia de mi hija*! Con frases semejantes se logrará que acabe de perder el poco cariño que me tiene.

TERESA.

Ni tú podrás nunca pagar el que para tí atesora su alma, ni yo, que sé lo que debe una hija á su padre, la he dejado conecer al suyo.

NOVOA.

¡Señora! (Con furor mal reprimido. Pausa.) Mejor será que terminemos...

TERESA.

No, no: procuraremos hablar con calma. ¿Por qué no hemos de lograrlo? Olvidémonos el uno del otro, no pensemos mas que en Matilde, y de seguro lo conseguiremos.

NOVOA.

Sea pues asi. ¿En qué se funda tanta aversion al Duque?

TERESA.

¿En qué se funda? ¡En que pretende la mano de mi hija; en que solicita hacer suyo ese tesoro de encantos y de pureza que me sostiene en la vida!

NOVOA.

¿Y esclava de ese egoista cariño, no ha de ser tu hija esposa?...

TERESA.

Si, de quien la merezca y la ame; ¡pero de *él*! *él*, símbolo y compendio de esos jóvenes decrépitos, que incapaces de todo, acariciados por la vanidad y despreciados de la razon, criminales sin valor, faustuosos sin generosidad, arrastran por nuestros salones un cuerpo sin alma, consumido por el vicio.... él ser dueño de... ¡hija de mis entrañas! ¡preferiria verla muerta!

NOVOA.

¡Cuanta exageracion! Las faltas del Duque, hijas mas bien de la

sociedad en que vive que de su naturaleza, puede convertirlas en cualidades al influjo de una esposa prudente y tierna.

TERESA.

Pero...

NOVOA.

Este casamiento asegura á Matilde un venturoso y brillante porvenir, incomprensible para una niña de diez y seis años; pero que no debiera serlo para quien al pensar en la suerte de su hija no delire con la fantasia, sino que reflexione con la razon.

TERESA.

¿Y la razon dice?...

NOVOA.

La razon dice que si afean al Duque algunos defectos juveniles, tiene en cambio su familia títulos que hacen inestimable su alianza: ilustre, rica, de todos respetada, constante poseedora de un grande influjo en la córte...

TERESA.

¡Esa, esa es la suprema razon!

NOVOA.

¿Qué?

TERESA.

¿No está claro? Pero no, ¡no quiero creerlo! ¿Has de pensar tú en arrojar en brazos de un libertino estúpido á la sangre de tu sangre, *á tu hija,* para que sirva de señuelo al favor de las intrigas palaciegas!

NOVOA.

¡Teresa!

TERESA.

¡Es imposible! ¡No hay padre que venda tan innoblemente á su hija, no hay madre que lo consienta!

NOVOA.

¡Señora!

TERESA.

No, Fernando, tú no eres capaz de eso, ¡tú no puedes hacerlo! ¿Es verdad? (Con tono suplicante.)

NOVOA.

Basta. Sobrado sé lo que á mi hija le conviene. Se casará...

TERESA.

¡No!

NOVOA.

Si, mil veces: se casará con el hombre que le destino.

TERESA.

¡Oh!!

NOVOA.

Mi palabra está empeñada.

TERESA.

No lo está su corazon.

NOVOA.

¡Corazon! ¡siempre lo mismo! No esas frases de novela, mas altas ideas deben mover mi ánimo al pensar en el enlace de mi hija: si ella siente una infundada repugnancia á este matrimonio, sabrá vencerla; por ser quien es, por llevar mi nombre debe sacrificar...

TERESA.

¡Ya comprendo! Debe sacrificar su paz, su vida, su alma en *aras del bien público*, ¿no es esto? (Con ironia.)

NOVOA.

¿Y si fuese asi; si al conceder al Duque la mano de Matilde pensase al par que en su ventura en...

TERESA.

¡En la patria! ¿No es verdad? Si; la patria exige que tú seas ministro, el enlace con Gureiño puede facilitarlo, manos pues á la obra!

NOVOA.

¡Basta!

TERESA.

¡Oh! ¡pero yo no tengo nada que ver con esa patria que pintais vosotros los hombres políticos! ¡Qué! ¿no es bastante que, en nombre de la patria, uno y otro dia hiera el amigo el pecho de su amigo, se vuelva el favorecido contra su bienhechor; arranquen el rencor y la muerte al hijo de los brazos de su padre, sino que tambien necesita esa pobre patria tan calumniada, traficar con el corazon de las mujeres!! ¡Oh no será! ¡mi hija no es de la patria: es mia!

NOVOA.

Basta digo; supuesto que se quiere que hable con lisura, que se desestima mi prudencia, sepa usted que se llevará á cabo ese matrimonio...

TERESA.

¡No!

NOVOA.

Si: se llevará á cabo para matar insensatas esperanzas que nunca debieran nacer.

TERESA.

¿Cómo?

NOVOA.

¿Ignoro yo por ventura que se dice entre nuestros amigos que don Luis de Almeida ama á Matilde, que ella le corresponde, y que su madre lo consiente?

TERESA.

Pues si no lo ignoras, si sabes que tu hija ama á un hombre digno de ella, ¿cómo pensar en hacerla esposa de otro?

NOVOA.

Porque no quiero ver unido mi nombre á un nombre que aborrezco y desprecio; porque usted, señora, debiera haber ahogado ese amor en el pecho de su hija, acordándose de que don Luis de Almeida *tiene un hermano.*

TERESA.

¡Oh!!! ¿Y usted se atreve, usted, á quien todo lo he sacrificado, á ultrajar, ni con el pensamiento, la inmaculada pureza de mi alma!

NOVOA.

¡Yo!...

TERESA.

¡No espere usted intimidarme con tan cobarde insulto! Verdugo de mi propio corazon, me condené resignada á una perpétua agonia dando á usted mi mano; resignada he devorado en silencio la vergüenza que acompaña á la esposa abandonada! ¡Vida de sacrificios y de lágrimas ha sido mi vida; pero no quiero verterlas por la desgracia de mi hija! ¡No habrá fuerza humana que me venza peleando por su ventura!

NOVOA.

¡Yo soy su padre!

TERESA.

¡Mal hace en invocar los derechos de padre quien olvida sus deberes!

NOVOA.

¡Teresa!!

ESCENA VII.

DICHOS Y MATILDE.

Al pronunciar la última palabra Novoa, lo hace cogiendo furiosamente á Teresa por la mano, á tiempo que Matilde aparece por el fondo, dá un grito y se interpone entre los dos, abrazando á su madre. Novoa se aparta de ellas con despecho y se vá por el fondo.

MATILDE.

¡Madre mia!

NOVOA.

¡Oh!! (Váse.)

MATILDE.

(Volviéndose hácia Novoa) ¡Papá!... ¡se ha ido!... ¿Qué es esto?

TERESA.

¡Nada, hija mia, nada!...

MATILDE.

¡Nada, y estás hecha un mar de lágrimas! Nada, y papá... (Llorando.)

TERESA.

(Besándola cariñosamente.) ¿Por qué extrañas que llore, vida mia? ¡Nosotras lloramos por todo! ¿No lo haces tú tambien?

MATILDE.

Yo...

TERESA.

¡Ea! Enjuga esos ojos en que se mira mi alma. (Haciéndolo ella con su pañuelo y besándola.)

MATILDE.

Pero ¿qué pasa? ¿le has hablado?...

TERESA.

Si, no temas: tu madre logrará hacerte dichosa á despecho de...

ESCENA VIII.

DICHOS, EL BARON.

BARON.

¡Señora, señorita!

TERESA.

¿Baron?...

MATILDE.

¡Qué pálido está usted!

BARON.

He buscado en vano al señor Novoa por los salones; acaban de decirme que le han visto salir muy deprisa...

TERESA.

Pero ¿qué?

BARON.

No puedo explicarme: solo diré á ustedes, por la amistad que á toda la familia profeso, que se retiren cuanto antes á su casa.

TERESA.

¿Por qué motivo?

MATILDE.

¿Qué sucede?

BARON.

Guárdenme ustedes el secreto, porque voy á revelarles uno que lo es de estado: el órden se ha alterado en Lisboa...

MATILDE.

¿Qué?

TERESA.

¡Es posible!

BARON.

Me lo ha dicho Salgueiro, el jefe del negociado de policia, que corre en busca del presidente del consejo, á quien en mala hora se le ocurrió dejar há poco el baile.

MATILDE.

Si, yo le he visto salir con su hermano.

TERESA.

¿Pero es seguro que...

BARON.

Tan seguro, que en los barrios bajos hay ya grupos sospechosos.

MATILDE.

¡Ay, Dios mio! ¡Y papá dónde estará!

TERESA.

Tranquilízate.

MATILDE.

¡Y Lu... Dígame usted, ¿correrá algun peligro el ministro?

BARON.

¡Quién sabe! ¡Todo hay que temerlo de ciertas gentes!

TERESA.

¿Qué quiere usted decir?

BARON.

Vuelvo á encargar el mayor secreto: sepan ustedes que se ha averiguado por una delacion que ¡oh ingratitud de las ingratitudes! el jefe del complot es el hombre que desempeñaba há dos meses la cartera del Reino.

TERESA.

¡Silva!

BARON.

El mismo.

MATILDE.

¿El amigo de pa?...

TERESA.

(Á Matilde.) ¡Calla, hija mia! (¡Silva estaba aqui con mi marido... há dias que siempre juntos... ¡No permitais, Dios mio, que acierten mis temores!) (Se oye rumor interiormente, y entran por el fondo el Vizconde y el Duque.)

ESCENA IX.

DICHOS, EL VIZCONDE, EL DUQUE. y despues un CRIADO.

BARON.

¿Qué rumor es ese?

VIZCONDE.

¡Qué ha de ser! que todos se retiran á su casa; que los sectarios de Proudhon... la demagogia...

DUQUE.

(Cantando.) *Suono la tromba intrepido*
Yo pugneró daforte...

¡Oh *mademoiselle, pardon!* (Hablando y tendiendo la mano á Matilde, que se vuelve hácia su madre y dice:)

MATILDE.

Mamá, vámonos corriendo.

TERESA.

Espera. (Aparece un Criado con una carta, que entrega al Vizconde despues de hablar con él, y se retira.) ¿Cómo ha cundido por el baile lo que nos decia usted tan en secreto? (Al Baron.)

BARON.

Yo se lo dije al Duque...

DUQUE.

Y yo al Vizconde.

MATILDE.

Y el Vizconde á todo el mundo, ¿no es esto? (Siguen hablando entre sí.)

VIZCONDE.

(Ap. á Teresa.) Señora. Acaba de traer un desconocido esta carta para que se le entregue al señor Novoa cuanto antes de parte de Silva.

TERESA.

¡De Silva!

VIZCONDE.

Encargan el secreto y la diligencia, Novoa se ha marchado; pero quizás estará ya en su casa, y asi la doy á usted para que...

TERESA.

Si, si, mil gracias. (El Vizconde se dirige al otro grupo.) (¡Oh, todo confirma mi horrible sospecha!... yo debo... no; ¡abrir una carta dirigida á él!... pero es el padre de mi hija, este papel guarda quizás... no vacilo!) (Leyendo.) «Nos han descubierto; mas no por eso fracasará »el negocio: corra usted á ver á Lopez, y le dirá lo que tiene usted »que hacer. Yo sé adónde vá *el hombre* á la una de esta noche, y me »encargo de él para asegurar el éxito: el todo por el todo» (Hablando.) No podia concebir mi pensamiento tanta iniquidad, porque no cabe duda... intentan matarl... ¡Jesus!)

BARON.

Repito á ustedes que me consta que el presidente del consejo estará á la una en el ministerio del Reino.

TERESA.

(¡Oh qué oigo! ¡No me habia engañado!) ¡Matilde!

MATILDE.

Vámonos, mamá, dicen que Almeida vá á la una al ministerio del Reino, nosotras vivimos cerca y si fuesen hácia allá esos hombres...

TERESA.

Si, no hay tiempo que perder. (Vánse las dos por el fondo.)

VIZCONDE.

Señoras...

DUQUE.

¿Quieren ustedes que las acompañe?

ESCENA X.

DICHOS, MENOS TERESA Y MATILDE.

BARON.

¡Cá! el miedo no las deja hacer caso de los cumplidos de ustedes. Vamos nosotros tambien.

VIZCONDE.

Pero, señor Baron...

BARON.

Señor Vizconde, lo patriótico, lo justo, lo conveniente, es que al llegar Almeida al ministerio, vea que estamos nosotros allí para ofrecernos al gobierno. Nada hay que temer; Salgueiro me ha dicho que antes de dos horas todo está concluido.

VIZCONDE.

Pero ¡irme ahora! La vizcondesa... el amor... la antorcha de himeneo...

BARON.

Déjese usted ahora de antorchas, tiempo tiene usted...

VIZCONDE.

Pero primero que enganchen un carruaje....

BARON.

Nos iremos en la berlina del Duque. (Arrastrando á ambos por el fondo.)

DUQUE.

Mais mi berlina... si la *revolution*...

VIZCONDE.

Es verdad, si se asustan los caballos por los disparos...

DUQUE.

¡Pues!

BARON.

¡Si me ha dicho Salgueiro que no se quemará un adarme de pólvora!

DUQUE.

¡Oh, allons donc!

VIZCONDE.

Si usted asegura...

BARON.

¡Pues no! ¡Vamos de una vez!

VIZCONDE.

Vamos.

DUQUE.

(Cantando.) *Allons enfans de la patrie...* (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Despacho del ministro en el ministerio del Reino. Puerta en el fondo que deja ver al abrise el salon de recibo del ministro. Á la derecha del espectador dos puertas pequeñas, sin marco, que se supone que comunican con las oficinas, y en medio de ellas una gran mesa-escritorio cargada de libros y papeles. En el lado izquierdo en primer término la puerta de un gabinete, y en segundo la de un balcon. Un velador en el centro lleno de papeles y con otra escribania, divanes, butacas, colgaduras, mueblaje rico y elegante. Un velador pequeño cerca de la mesa lleno de periódicos.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON, EL VIZCONDE, EL DUQUE.

BARON.

(Mirando el reloj.) Son las doce y media: nadie viene.

VIZCONDE.

Confieso que me falta la paciencia; me he casado esta noche y...

BARON.

Señor Duque, un hombre grave como usted cuando lo llama aqui un asunto tan importante...

VIZCONDE.

No deja de tener importancia el que me llama á mi casa.

DUQUE.

Si, mejor seria que nos fuesemos, ¡se fastidia uno tanto en los ministerios! ¡ooooh! (Bostezando.)

BARON.

Pero si usted se fastidia en todas partes, señor Duque.

DUQUE.

¡*E vero*! ¡*é vero*! Tra, la, la, ra, lá. (Se echa en una butaca arrojando grandes bocanadas de humo del cigarro.)

VIZCONDE.

Yo daria algo por hallarme en mi casa.

BARON.

¡Qué diga eso una eminencia política como usted, señor Vizconde, cuando quizás dentro de cuatro minutos comience á barrer la metralla las calles de Lisboa!

VIZCONDE.

¡Cáspita!

DUQUE.

¡*Parbleu*! (Levantándose)

BARON.

¡Cuando es probable que apenas saliesemos, los caballos de los lanceros y dragones atropellarian los del carruaje!

DUQUE.

¡*Sapristi*! ¡Dos yeguas que me cuestan doscientas libras!

VIZCONDE.

¡Y nosotros!...

BARON.

¡Pues, que valemos mas que las yeguas!

VIZCONDE.

Con harta razon me resistia yo á venir: es cierto que el órden... los principios... los altos deberes... las paz del Estado... pero, ¡cá! no es aqui en donde debe estar un hombre de peso y experiencia en tales momentos...

BARON.

Sin embargo... en semejantes conflictos son mas que nunca necesarios...

VIZCONDE.

No, señor: á mí la peturbacion social me perturba: vuelta una vez la calma, mi saber... mi experiencia... podrian ser muy útiles al gobierno... y entonces no tendria inconveniente... ¿Eh?

BARON.

¡Me dá mala espina esto de que no venga nadie! ¿Estará en verdadero peligro el gabinete?

DUQUE.

Me alegraria que cayese. ¡Un ministro que no dá bailes!...

BARON.

¡Por Dios, señor Duque, las paredes oyen!

VIZCONDE.

Yo abrigo ya serios temores...

BARON.

Esto de no haberse provisto las carteras de Hacienda y del Reino, disgusta con razon á todos.

VIZCONDE.

¡Pues ya lo creo! se lo tengo dicho á Almeida; afirme usted su poder con el invencible auxiliar de la experiencia.

BARON.

¡Lo que yo le decia! Robustezca usted el árbol gubernamental con nueva savia.

VIZCONDE.

Nombre usted ministro del Reino... (Señalándose á si propio con la mano.)

BARON.

Provea usted una de las carteras vacantes... (La misma accion que el Vizconde.)

ESCENA II.

DICHOS Y SALGUEIRO, que entra apresuradamente por el fondo.

SALGUEIRO.

Señores...

BARON.

¡Oh Salgueiro!

VIZCONDE.

¿Ha estallado la revolucion?

DUQUE.

¿Cayeron los ministros?

SALGUEIRO.

¡Qué han de caer! No han estado nunca mas seguros.

BARON.

(Al Vizconde.) ¡Lo que deciamos nosotros!

VIZCONDE.

¡Claro está! La perspicacia que la experiencia... el saber...

DUQUE.

Mais pardon: ustedes decian...

BARON.

Lo que dice de fijo todo Lisboa; que este gobierno es incontrastable. «Un puñado de ilusos, arrastrados por la ambicion desatentada que »deslumbra á los enemigos de la prosperidad pública, intentaron en »la noche de ayer cubrir de luto las calles de nuestra hermosa capi»tal...» (Al decir Salgueiro sus últimas palabras, siéntase el Vizconde y escribe en un papel, el cual figurará leer desde que dice: *Un puñado de*, etc.)

DUQUE.

¿Qu'est ce que c'est ça?

BARON.

El artículo que publicaré mañana en la *Síntesis.*

VIZCONDE.

Pero deje usted que nos diga antes el señor Salgueiro...

SALGUEIRO.

Poco tengo que decir. Que no hay tal conspiracion ni cosa que lo valga. Todo se ha reducido á un motincillo en la puerta de una panaderia, que se deshizo al acercarse dos celadores de seguridad pública. Nada, nada entre dos platos. Es claro: siendo yo jefe del negociado de policia, ¿cómo pudiera ocultárseme que?...

BARON.

¡Sí era absurdo pensarlo! ¡Un gobierno defendido por lo mas selecto del pais!...

VIZCONDE.

Si ahora nombran ministro del Reino á un hombre de peso y...

UN PORTERO.

(Anunciando.) Su excelencia..

ESCENA III.

DICHOS ALMEIDA Y DON LUIS: todos se apresuran á rodear al ministro y saludarle.

BARON.

Hoy añade usted un nuevo floron á su corona.

VIZCONDE.

Ahora mismo decia yo al señor Salgueiro...

BARON.

Apenas supimos que se trataba de alterar la paz pública, nos apresuramos á venir á ponernos á las órdenes de usted, habiéndose empeñado en acompañarnos el señor Duque de Gureiño, recien llegado del extranjero, y á quien tengo el honor de presentar á usted.

ALMEIDA.

Agradezco al señor Duque su celo, tan conforme con el proceder

de sus nobles parientes, á los que espero acompañe en la cámara de los Pares en cuanto le sea posible hacerlo.

DUQUE.

(Inclinándose.) Iré mañana mismo. (Al Baron.) ¿Con quién deberé votar cuando se me ocurra?

BARON.

Con quien le diga yo á usted.

ALMEIDA.

Sabrán ustedes ya lo infundada que ha sido la alarma. Vengo de tranquilizar á S. M., y ruego á ustedes que procuren por su parte desvanecer la magnitud que el temor y la maledicencia darán á un suceso que nada vale en sí. (Al Baron y Salgueiro.) Mi hermano dará á ustedes las instrucciones que creo convenientes para algunas órdenes que deben dictarse ahora mismo.

SALGUEIRO.

Si, en mi despacho podremos...

VIZCONDE.

(Al Baron.) Yo me voy, porque la vizcondesa...

BARON.

Aguarde usted.

ALMEIDA.

Antes de todo, que se dé aviso á los demas ministros, para que dentro de una hora nos reunamos aqui en consejo. (Habla con D. Luis y con Salgueiro.)

BARON.

(Al Vizconde.) ¿Será para proveer las carteras vacantes?

VIZCONDE.

Me quedo: los hombres graves...

BARON.

Si, aguardemos en el despacho de Salgueiro á ver en qué para esto.

DUQUE.

¡Aguardar! ¡Qué fastidio!

BARON.

Vamos, que mañana contará á usted la *Síntesis* entre los mas resueltos defensores del gobierno.

DUQUE.

¡Pse! (Vánse todos menos Almeida, despues de saludarle, por una de las puertas laterales.)

BARON.

(Leyendo lo que ha escrito.) «Un puñado de ilusos arrastrados por la ambicion desatentada...»

ESCENA IV.

ALMEIDA SOLO.

¡Héme por fin solo! ¿Cuántos minutos disfrutaré de este beneficio! *¡Si pudiese, trastornando la naturaleza de mis enemigos, condenar-*los á arrastrar mi cadena suspirando, como yo, por el amor y la *tranquilidad! ¡Cómo me vengaria entonces de sus miserables ase-*chanzas dejándoles el poder! ¡Pero no esperen, no, ellos, falsos após-*toles de la virtud y el patriotismo, no esperen que ceda cobarde en *la lucha que mantenemos; preferible es mi tortura á la vergüen-*za de verme vencido por ellos.* (Se sienta al velador y coge un periódico.) *La Síntesis* de hoy, veamos lo que dice. (Leyendo.) «*Es en* »*vano que* los adversarios del ilustre patricio que *viene rigiendo* »para bien del pais, sus destinos...» (Suelta el periódico.) ¡Bah! ¡Lo mismo que ayer, que todos los dias! (Pausa.) ¡Qué vida! El ansia de medro, el cobarde recelo de perder la privanza ministerial comparten únicamente mis inquietudes y trabajos; únicamente la adulacion venal y rastrera aparenta contrarestar los emponzoñados tiros de mis enemigos, y ni una palabra cariñosa reanima mis fuerzas, ni una mirada de amor me inclina á perdonar á los que me aborrecen...

*¡Amor! ¡Qué bien sienta esta palabra en mis labios, cuando ya co- *mienzan á blanquear mis cabellos, habiendo muerto en mi corazon *há tanto tiempo!...* (Pausa.) ¡Me parece mentira!... ¡Como siempre me estremecí interiormente al *saludarla* esta noche en el baile, y hace diez y siete años que no le hablo, que apenas la veo! ¡Oh no pensemos en esto! *La desgracia la ha purificado á mis ojos; ¡que sea tan *puro como ella este sentimiento, que no puede morir!... (Pausa.) ¡Parezco un niño!...Veamos qué dice la oposicion. (Enjugándose una lágrima. Pausa. Coge otro periódico y lee.) «Á risa nos mueve la *Síntesis* al hablar »de los nobles sentimientos del presidente del consejo. Respetando el »parecer de este *imparcial* periódico, nosotros creemos que á su exce- »lencia no le sirve el corazon para otra cosa que para regularizar el »movimiento de la sangre.» ¡Es verdad!! «Trabajo le costará á la *Sín- »tesis* probarnos lo contrario si recuerda que tres dias antes de ser mi- »nistro el elocuente diputado Almeida, supo que su madre estaba es- »pirando en Oporto y lejos de volar á su lado se quedó en Lisboa in- »trigando en la córte y haciendo discursos al pueblo para agarrar el »poder con que habia de tiranizar á ambos.» (Hablando.) ¡Miserables! ¡Hasta el nombre sagrado de mi madre profanan sus labios para vomitar hiel y veneno en contra mia! ¡Oh! si yo fuese el caido sellarian mi boca con una mordaza, y yo, ¡necio de mí! ¡les permito!... Pero ¿he de igualarme con ellos? ¡Nunca! ¡Quien es honrado no teme á la calumnia; Dios y su conciencia le amparan; los hombres tarde ó temprano le harán justicia!

ESCENA V.

ALMEIDA, EL PORTERO con una bandeja con cartas, despues DON LUIS.

PORTERO.

Señor excelentísimo.

ALMEIDA.

¿Quién?...

PORTERO.

Me habia olvidado dar á V. E. estas cartas.

ALMEIDA.

Déjelas usted ahí. (El portero pone la bandeja sobre el velador y se vá. Almeida se levanta y tira del llamador de un timbre que estará al lado del escritorio; D. Luis sale por una de las puertas laterales.)

DON LUIS.

¿Llamabas?

ALMEIDA.

Abre esas cartas y lee. (D. Luis lo hace.)

DON LUIS.

(Leyendo.) «Veinticinco años, excelentísimo señor, he servido hon-»radamente al estado; hace tres que no sé por qué me quitaron mi »empleo; engañadas mis esperanzas y postrado ya por la miseria, »por caridad ruego á V. E. que me proporcione el medio de dar pan »á cuatro hijos que tengo.—Alonso Pereira.»

ALMEIDA.

¡Cuántos, cuántos infelices sacrificados asi!... Lee.

DON LUIS.

(Leyendo otra carta.) Esta es atrasada. «Noticioso, señor de Almei-»da, de que por la dimision del señor Silva se ha hecho usted cargo »de la cartera del Reino, le saludo como jefe noticiándole que en mi »destino de secretario del gobierno de Coimbra y en donde quiera »puede contar con mis servicios, que descuidando mis negocios par-»ticulares, há largo tiempo consagro el triunfo de nuestras ideas: su »afectísimo correligionario...

ALMEIDA.

No necesito saber cómo se llama, pon una nota mandando que vaya mi correligionario á cuidar de sus negocios particulares, y se emplee en su puesto al firmante de la carta anterior.

DON LUIS.

(Desdoblando otra carta.) Esta es de Oporto: (Viendo la firma.) de nuestro amigo Fonseca.

ALMEIDA.

Á ver qué dice.

DON LUIS.

(Leyendo.) «Desgracias de familia y negocios de interés que usted »conoce, me obligan á renunciar la diputacion, dando á usted una »prueba del cariño que le profeso y de mi adhesion al ministerio, »aguardo su vénia para dimitir y ejercitar mi influencia á fin de... »que... su hermano don Luis ocupe mi puesto en la cámara!» (Hablando.) ¡Oh dicha!

ALMEIDA.

(Con extrañeza y severidad.) ¿Cómo?

DON LUIS.

(Cortado.) Nada... decia...

ALMEIDA.

¡Qué disparate! Mañana mismo es preciso escribir á Fonseca diciéndole que piensen en otro candidato si él se empeña en renunciar.

DON LUIS.

(¡Perder semejante ocasion de dar gusto á Matilde!) ¿No podria ser, Juan?...

ALMEIDA.

¿Qué?

DON LUIS.

Nada; que me parece que desairar asi á un amigo como Fonseca....

ALMEIDA.

¡Calle! ¿Tú te chanceas? (Sonriendo.)

DON LUIS.

(Se rie; buena señal.) No me chanceo, no; ya ves, los electores quieren...

ALMEIDA.

¡Los electores!

DON LUIS.

Es decir, como Fonseca puede tanto con ellos...

ALMEIDA.

¡Bah, bah! ¿Hablas formalmente, Luis?

DON LUIS.

Yo... desearia...

ALMEIDA.

¿Qué es esto? ¿Mi cariño, mis consejos han sido vanos para preservarte del contagio general? ¿Qué sabes tú de las obligaciones de un diputado para aspirar á la honra de cumplirlas?

DON LUIS.

(¡Ay! ¡Malo se pone esto!)

ALMEIDA.

¿Eres tú de los que pretenden ser legisladores sin conocer siquiera las leyes que deben observar?

DON LUIS.

Yo... pero...

ALMEIDA.

¡Nada! ¡está visto! Por dias aumenta la fiebre que nos devora; rebeldes todos á la obediencia, impotentes todos para mandar, creemos todos que es el poder patrimonio de nuestra osadia; *la virtud y *el mérito evitan el vergonzoso combate que la presuncion y el fa- *vor mantienen, y humillada asi la razon, olvidado el respeto, el im- *perio del azar y la fuerza nos condena á ser todos alternativamente *opresores y oprimidos.*

DON LUIS.

Hermano mio...

ALMEIDA.

*¿Y tú quieres que yo contribuya á fomentar este delirio que ha *hecho ya esclava del impudor y la astucia la ventura de la patria, *amenazando sacrificarle mañana su vida!

DON LUIS.

No, no; olvida mi insensato deseo; yo no quiero mas que lo que tú quieras... ¡si supieses!...

ALMEIDA.

¡Ni cómo te allanaria yo, yo que tanto te amo, el camino que lleva al lugar en que me veo! ¡Dios te preserve, Luis mio, de pisarlo! ¿Sabes tú lo que es ser hombre político? Oye: el mal de la época, el agudo estímulo de una ambicion, quizás noble, pero mal gobernada, y sobre todo mi orgullo y mi corazon profundamente heridos por una mujer, me lanzaron desde muy jóven á la arena política; cuantas victorias he conseguido en ella, me han costado muchas horas de pena, y no pocas de remordimiento! Mil veces ha temblado mi mano firmando la desgracia de una familia; estrechando la de algunos que se llamaban mis amigos ha colorado mi rostro la vergüenza; desconfiando mi inteligencia de pensar siempre lo justo, llamaba en su auxilio á la pasion, que me ha arrastrado tal vez á ser ingrato y á prodigar mis favores á quien trabajaba por mi deshonra y conspira quizás hoy contra mi vida!

DON LUIS.

¿Silva?

ALMEIDA.

Todos serian como Silva si se les ofreciese ocasion de serlo. En este puesto no se puede, no se debe confiar en nadie: la venganza es nuestro consejero, el recelo nuestro guia. Has visto hace un momento asegurar á todos mis aduladores que han sido frustradas las asechanzas de mis enemigos, que Silva ha huido de Lisboa y que todo, todo ha terminado: ¿imaginas tú que yo los creo? No me sorprenderia saber ahora mismo lo contrario de lo que afirman.

DON LUIS.

¡No, no será!

ALMEIDA.

Ni es este nuestro mayor tormento. La inquietud perenne, la general desconfianza, pudiera soportarlas el ministro arrostrando con frente serena los ataques que se le dirigiesen; pero el hombre, aunque

sea *público*, no puede consentir resignado en que sean tambien *públicos* su corazon y su alma: en que se juzgue su sonrisa si rie, en que se cuenten sus lágrimas si llora.

DON LUIS.

Pero ¿acaso alguien?...

ALMEIDA.

¿Recuerdas, Luis, que habiéndonos robado Dios á nuestra santa madre, sin esperarlo, sin enfermedad casi, apenas sabia yo por tus cartas que se alteraba su salud cuando te ví entrar por mis puertas para decirme llorando que no te quedaba en la tierra mas cariño que el mio!

DON LUIS.

¡Él fué mi único consuelo!

ALMEIDA.

¿Sabes que desde aquel triste dia ni uno solo he dejado de llorar pensando en que no pude recoger su último aliento, en que no logré que me bendijese al morir!

DON LUIS.

¡Si, si!

ALMEIDA.

Pues mira, lee lo que dice este periódico. (Dándoselo.)

DON LUIS.

¡Hermano mio! (Abrazándolo despues de leer el párrafo del periódico que antes leyera solo Almeida. Suena la mampara del fondo y se apartan.)

ESCENA VI.

DICHOS, EL PORTERO.

PORTERO.

Señor excelentísimo...

ALMEIDA.

¿Qué ocurre? (Con enojo.)

PORTERO.

Pretende con gran empeño ver á V. E. una señora...

ALMEIDA.

No recibo á nadie.

PORTERO.

Ha estado aqui antes que V. E. viniese: ahora vuelve y dice que no puede marcharse sin verlo.

ALMEIDA.

¿Y usted por qué me pasa recado?...

PORTERO.

Señor excelentísimo, parece una gran señora, y manifestó tal pena y desaliento cuando le dije antes que V. E. no habia venido...

ALMEIDA.

Dígale usted que pase. (Váse el Portero.) ¿Quién será?

DON LUIS.

Te dejo solo. (Vuelve.) Me olvidaba decirte que el capitan general ha enviado un destacamento de infanteria que ocupa el patio del ministerio, y el jefe dice que espera tus órdenes.

ALMEIDA.

Que permanezcan ahí en buen hora; aunque ya felizmente será innecesario. (Váse D. Luis.)

ESCENA VII.

ALMEIDA, TERESA, á quien introduce el portero y se retira. Almeida se inclina á la vista de Teresa, y se acerca á ella á tiempo que se levanta el velo que la cubre.

ALMEIDA.

¡Teres!... Señora...

TERESA.

No extrañe usted verme: un motivo muy poderoso, un secreto que á nadie puedo ni debo confiar me obliga á ello.

ALMEIDA.

No de otro modo comprenderia yo que la señora de Novoa despues de... (Con ironía.)

TERESA.

Ruego á usted por la memoria de su madre...

ALMEIDA.

Yo le ruego á usted que para nada tome en boca esa palabra... (Con severidad.)

TERESA.

¡Oh! (Con rubor y pena.)

ALMEIDA.

En la postrera vez que hablamos nombró usted tambien á mi madre, y...

TERESA.

Por caridad, ya que no me es lícito invocar otra cosa, por caridad le pido á usted que se olvide de quien yo soy: que no mire en mí á la mujer que no merece, que no quiere ni saber si la ha perdonado usted.

ALMEIDA.

Señora...

TERESA.

No desmienta usted su noble y constante proceder desde el dia en que nos separamos para siempre; no castigue usted mi confianza en la elevacion de su alma para venir, arriesgando todo menos mi virtud, á decir á usted que está en peligro su vida!

ALMEIDA.

¿Mi vida!

TERESA.

¡Cómo si no romperia yo un silencio de tantos años y que nunca debiera acabar!

ALMEIDA.

Comprendo, señora, de qué nace el temor de usted, y no sé expresar lo que siento al ver que ha venido... tranquilícese usted, *y retírese cuanto antes, porque seria la mayor de mis desgracias, que ni con el pensamiento alguien se atreviese á ofender á usted por causa mia.*

TERESA.

Pero...

ALMEIDA.

Abortado felizmente el motin que fraguáran mis enemigos, todo está ya en calma y...

TERESA.

¡Le engañan á usted como engañan siempre al que manda!

ALMEIDA.

¿Cómo?

TERESA.

Lejos de abortar ese motin yo misma he visto al venir aqui numerosos grupos en las calles cercanas al ministerio...

ALMEIDA.

¿Y ha pasado usted?...

TERESA.

¿Cómo no, si sé, si me consta que atentan á la vida de usted!

ALMEIDA.

¿Usted lo sabe?

TERESA.

(Reparando en un reloj que habrá en la escena.) (¡Oh, cerca de la una!) ¡Por Dios, Almeida, no hay un momento que perder! ¡Huya usted!

ALMEIDA.

¡Huir yo!

TERESA.

Si, nadie se deshonra evitando el puñal de un asesino.

ALMEIDA.

Pero usted delira. ¿Cómo es posible!... (Se oye vocerio lejano.)

TERESA.

¡Oh! ¿oye usted!

ALMEIDA.

Si, veremos... (Avanzando hácia la mesa.)

TERESA.

¡No, no dé usted ninguna órden, seria inútil! Aun hay tiempo.

ALMEIDA.

Yo no puedo hacer lo que usted pide.

TERESA.

¡Si, por Dios! si no me dá usted palabra de hacerlo, si yo no le veo á usted con su hermano dejar esta casa, yo tampoco me voy, entrarán y me verán y quedaré deshonrada!

ALMEIDA.

¡Oh!!

VOCERIO DENTRO.

¡Pan! ¡pan!

TERESA.

¡Ya es tarde! (Dejándose caer en una silla.)

ALMEIDA.

Por su hija de usted, Teresa, salga usted de aqui. Mi hermano la acompañará.

TERESA.

No sin que vea á usted en salvo.

UNA VOZ DENTRO.

¡Muera Almeida!

MUCHAS VOCES.

¡Muera!

TERESA.

¡Jesus!!! (Levantándose con espanto.)

(Se oye gran rumor como en el interior del ministerio por las puertas laterales y por la del fondo. Voces de *avisad á S. E.; el ministro está en el despacho; que suba el jefe de la guardia, etc.)*

ALMEIDA.

¡Oh! ¡ya no hay por dónde salir! Ocúltese usted aqui.

(La hace entrar en el gabinete de la izquierda y al mismo tiempo invaden la escena D. Luis, el Baron, el Vizconde, el Duque, Salgueiro, gran número de empleados, porteros y el jefe de la guardia.)

ESCENA VIII.

ALMEIDA, EL BARON, EL VIZCONDE, DON LUIS EL DUQUE, SALGUEIRO, EMPLEADOS, UN JEFE MILITAR Y UN CAPITAN.

ALMEIDA.

¿Qué sucede?

VIZCONDE.

¡Bien decia yo... mi casa... los demagogos!...

BARON.

¡La rebelion se entroniza en las calles!

DON LUIS.

Hermano mio, nos han engañado.

SALGUEIRO.

Yo no acierto á pensar... todas mis noticias eran dignas de fé...

ALMEIDA.

¡De tanta fé, que los amotinados vienen aqui á comprobarlas!

VOCERIO EXTERIOR.

¡Pan, pan! ¡abajo el gobierno!

BARON.

Ya han invadido de seguro la plaza!

VIZCONDE.

¡Y van á subir!...

DON LUIS.

¡Qué han de subir! hay tropa que defienda la casa.

DUQUE.

¡Oh! ¡pues que los maten! ¡que los maten!

VIZCONDE.

Si, el ejército...

BARON.

Las bayonetas...

ALMEIDA.

(Al jefe militar.) Tome usted las medidas que juzgue convenientes; pero absténgase usted de hacer uso de las armas si, como espero, el pueblo no ataca á la tropa. (El jefe trasmite la órden al capitan, que se retira.) Á nosotros, señores, nos toca averiguar qué pretende ese tumulto que aqui se dirige, y obrar en consecuencia. (Se oye el ruido causado por el pueblo, que apedrea los cristales del ministerio, gritando: *pan, pan.*)

PUEBLO DENTRO.

¡Almeida! ¡Almeida! (Almeida habla con Salgueiro, D. Luis, otros empleados y el jefe militar.)

BARON.

¡Nos apedrean! ¡esto es muy grave!

VIZCONDE.

¡Gravísimo!.. ¡yo debiera estar en mi casa!.. Usted, Baron... nos ha traido..,

BARON.

Confieso que ha sido una imprudencia: ¡á donde debieramos haber ido es á Palacio!

DUQUE.

¡Si, si, á palacio, que tiene las paredes muy gruesas!

VIZCONDE.

Y allí es donde los hombres como yo deben hallarse en tales casos por si S. M... (Se vuelven yendo á hablar con Almeida.)

ALMEIDA.

No, llamarlos seria dar á entender que les temiamos; prefiero hablarles yo desde el balcon.

DON LUIS.

Si, yo haré señas con el pañuelo para que se acerquen. (Saca su pañuelo.)

SALGUEIRO.

¡Pero es peligroso: le han dado á usted mueras!...

ALMEIDA.

Si logro que me oigan dos minutos, han de victorearme.

PUEBLO DENTRO.

Muera Almeida, ¡muera!

DON LUIS.

No hay tiempo que perder. (Abre el balcon y entra resueltamente en él á tiempo que se oye el ruido de otra lluvia de piedras y nuevos *Mueras*: entonces se vé entrar en escena á D. Luis aplicándose el pañuelo á la frente, que le mana sangre.)

SALGUEIRO.

¡Herido!

TODOS.

¡Oh! (Rodeándolo.)

ALMEIDA.

¡Hermano mio!

DON LUIS.

No es nada, me ha dado una piedra...

ALMEIDA.

(Al jefe militar.) ¡Oh mande usted hacer fuego á esa!... (Conteniéndose. (¡No, no! ¡Quietos, todos quietos! (Se pasa la mano por la cara y hacien-

do un violento esfuerzo, procura aparecer tranquilo y risueño y se entra en el balcon diciendo: «*Honrados habitantes de Lisboa:* el vocerio ahoga inmediatamente su voz.)

EL JEFE MILITAR.

(Á D. Luis.) Adentro está nuestro médico.

UN EMPLEADO.

Si, vamos, podrá usted curarse. (Llevan varios á D. Luis.)

ALMEIDA.

(Entrando en el balcon.) Honrados habitantes de Lisboa...

PUEBLO.

¡Muera! ¡muera! (Se apagan gradualmente las voces.)

DUQUE.

¡Oh, sangre! *¡Ça me fait mal!* (Al Vizconde y Salgueiro.)

BARON.

Esto está perdido. (Se sienta al velador, saca el papel que escribió antes, lo rompe y escribe en otro.)

VIZCONDE.

Esta situacion es grave... grave... ¿Eh?

SALGUEIRO.

Espero que todo acabe pronto. Sabe usted que la palabra del ministro puede mucho en el pueblo. (Se oyen rumores sordos.)

BARON.

(Leyendo lo que ha escrito.) «Ayer noche *tuvo lugar* una expresiva »manifestacion que nos abstenemos de calificar; nosotros, que respe- »tamos al poder y acatamos los legítimos deseos del pueblo, creemos »que...» (Estalla un aplauso ruidoso y voces alegres en el interior.) ¿Qué es esto? (Sorprendido.)

SALGUEIRO.

¡Qué el pueblo aplaude al ministro!

DUQUE.

(Mirando con recelo por el balcon.) ¡Y él habla, manotea y agita su pañuelo!

VIZCONDE.

¡Oh!...

BARON.

(Rompe el papel que acaba de escribir, toma otro y escribe dictándose con voz alta.) «Un puñado de ilusos arrastrados por la ambicion desatentada...»

(Aplausos extrepitosos y los gritos de *Viva Almeida, viva el gobierno,* acallan al Vizconde, que coge la cuartilla en que escribe y la guarda en un bolsillo. Almeida entra en escena de espaldas agitando el pañuelo y aparentando gozo, pero varia de expresion al volverse y rechaza de sí á todos, que afectando gran gozo pretenden rodearlo.)

ALMEIDA.

¡Oh! ¿Y mi hermano?

PORTERO,

Está curándose. No tiene casi nada. Pronto vendrá á ver á V. E.

ALMEIDA.

No, no me den ustedes ningun pláceme. Como nunca estamos en peligro; conozco á mis adversarios; han errado el golpe aqui y serán capaces de incendiar á Lisboa. (Se oyen golpes en el gabinete en que está Teresa.)

BARON.

Llaman por aqui.

ALMEIDA.

(¡Oh, me habia olvidado!) Déjenme ustedes solo. Qué inmediatamente se reuna la comision militar. Usted, Salgueiro, unido al gobernador de Lisboa, aproveche este momento de tregua para apoderarse de los que han arrastrado al pueblo, y que se les juzgue y se les fusile antes que amanezca el dia!... (Sacuden la puerta con violencia.)

BARON.

Si; el rigor... ¿Esa puerta!...

ALMEIDA.

Pronto cada cual á su puesto. Quiero estar solo.

SALGUEIRO.

Vamos.

VIZCONDE.

¿Nosotros?...

DUQUE.

¿Yo?...

BARON.

¡Á palacio!

LOS OTROS.

¡Si, á palacio! (Vánse todos)

ESCENA IX.

ALMEIDA, TERESA.

ALMEIDA.

(Abriendo la puerta del gabinete.) ¡Cuál habrá sido la angustia de usted, Teresa! No expongamos mas su fama, para mí tan preciosa, retírese usted cuanto antes.

TERESA.

¡Cuanto antes, revoque usted ese mandato cruel que acaba de dictar!

ALMEIDA.

¿Cómo!

TERESA.

¡Me parece mentira! Usted, á quien creia yo incapaz de abrigar un sentimiento que no fuese noble y compasivo, usted, ¡yo misma lo he oido! ha dictado esa órden sangrienta, cuando acaba Dios de salvarle la vida!

ALMEIDA.

Pero ¿usted cree que porque dominase mi voz á esa turba que pedia mi cabeza, la paz ha triunfado? ¡Cuánto se engaña usted! Mis

enemigos apelarán al valor de los mas infelices y obcecados para empeñar la lucha.

TERESA.

¡Y no le basta usted la sangre que se verterá en ella!

ALMEIDA.

¡Gota á gota caerá sobre mi corazon pidiendo el castigo de los que provocan el combate!

TERESA.

¡No, no, Almeida! Usted no puede hacer eso!

ALMEIDA.

Teresa...

TERESA.

¡Yo sé; no me pregunte usted mas! yo sé que está usted en peligro de atender mas á la venganza que á la justicia al herir á alguno de los que ha condenado!

ALMEIDA.

Nada necesito preguntar á usted. Mis noticias estan muy conformes con lo que la agitacion y las palabras de usted revelan. Harto he comprendido lo que le hace á usted hablar asi: de sobra entiendo que solo por salvar al hombre que mató mi felicidad y mi esperanza!...

TERESA.

¡Y usted quiere que á mí me mate el remordimiento de haberle delatado con mi turbacion!. .

ALMEIDA.

La ley es quien castiga á los culpables; *¿Por qué hay entre ellos *un hombre, que, no contento con robarme á la mujer que amaba y *respetaba yo como un ángel para profanar brutalmente su corazon y *convertirla en esposa ofendida y desgraciada, intenta hoy arrancar*me el poder que liberté de su astucia, pasando por encima de mi *mi cadáver;* por que está ese hombre entre ellos habré yo de dejar impunes á los que acaso dentro de un momento sembrarán la desolacion en esas calles?

TERESA.

¡Oh, no solamente á ese hombre debe usted acusar, Almeida, de una desgracia que tan duramente expian sus autores. Yo tambien soy culpable, yo, que olvidando todas mis ofensas de esposa, todos mis dolores de mujer, le pido á usted, por Dios, que perdone al padre de mi hija! ¿Cómo podrá usted vengarse mejor de cuantos hemos hecho su desventura!

ALMEIDA.

Señora... (Desde que habla Almeida antes que Teresa, se habrá abierto una de las mamparas, y se vé aparecer por ella con la frente vendada á Luis, que se detiene oyendo á los interlocutores.)

DON LUIS.

(Entrando.) ¡Hermano mio!

TERESA.

¡Luis! ¡Dios lo envia!

ALMEIDA.

¡Tú... tambien!

DON LUIS.

Si, yo tambien. Es el padre de Matilde, ¿me vas á separar de ella para siempre!

ALMEIDA.

(¡Oh!) ¿Tú sabes?...

DON LUIS.

He oido vuestras últimas palabras.

TERESA.

¡Ah! (Comprimiendo su corazon con alegria.)

DON LUIS.

Únicamente mi sangre es la que se ha vertido en esta aciaga noche; por ella te ruego que revoques ese mandato fatal.

ALMEIDA.

¿Cómo hacerlo? Imposible.

DON LUIS.

Imposible fuera si durase la contienda; pero vencidos ya los rebeldes por tu palabra, sus jefes tratarán solo de huir.

TERESA.

¡Y las pesquisas que usted ha ordenado les cerrará el paso para llevarlos á la muerte!

DON LUIS.

¡No lo permitas, hermano mio, por la memoria de nuestra madre!

ALMEIDA.

¡Oh! (Dirigiéndose á una mesa y cogiendo una pluma.)

DON LUIS.

¡Señora!

TERESA.

¡Luis!... (Dicen esto estrechándose las manos con gozo, á tiempo que se oyen á lo lejos descargas de fusilería y gran vocerío que duran, acercándose gradualmente hasta el final del acto)

TERESA.

¡Jesus!

DON LUIS.

¡Todo fué en vano!...

ALMEIDA.

¡Dios lo ha querido!... (Soltando la pluma y cruzándose de brazos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete en casa del Marqués de Villa de Souto.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS solo, leyendo un periódico, á poco TERESA.

MARQUÉS.

Felizmente no hace la menor alusion á su persona este diario. De Silva, aunque no le nombra, dá á entender claramente que era el instigador del alboroto; pero añade que logró fugarse... ¡Ah, Teresa! ¿Has descansado, hija mia?

TERESA.

¿Cómo es posible que lo consiga padeciendo tanto mi espíritu? Por serenar á Matilde aparenté entregarme al sueño, pero he pasado la noche velando el suyo.

MARQUÉS.

¿Y ella?...

TERESA.

Tranquila y hermosa como un ángel se durmió apenas calmé con engañosos pretextos su inquietud por mi tardanza. Comenzaba apenas á amanecer cuando se cerraron sus ojos cuajados aun de lágrimas que resbalaban hasta sus labios, que sonreian como si entreviese en sueños imágenes de felicidad.

MARQUÉS.

¡Pobre niña!

TERESA.

¡Cuánto me angustiaba la melancólica alegria que revelaba su ros-

tro! ¡De rodillas á su cabecera pedí á Dios, ofreciéndole mi vida en sacrificio, el imposible acaso de que no viese al despertar convertirse en una realidad horrible su soñada ventura!

MARQUÉS.

¿Duerme aun?

TERESA.

No, hace un rato que sentí agitarse su mano, que estaba entre las mias, abrió sus ojos y dirigiéndome una mirada que se clavó en mi corazon, exclamó besándome una y mil veces: «¡ay, madre de mi alma, me parece mentira que te veo á mi lado!»

MARQUÉS.

¡Oh! si la hubieses visto anoche, si me hubieses visto á mí, que procuraba tranquilizarla, oir claramente el alboroto del combate sin saber en dónde estabas tú!

TERESA.

¡Grande fué mi imprudencia! ¡Dios la castigó haciendo estéril el riesgo en que puse mi decoro y mi vida!

MARQUÉS.

¡Oh! ¡me horrorizo al pensarlo!

TERESA.

Cuando sonaron las primeras descargas caí exánime: al volver en mí, me hallé sola en un carruaje que paró aqui y del que me bajó el hermano de Almeida, que montaba en el pescante. Nada hemos sabido de él desde que me dejó en los brazos de usted. ¿Quién sabe si!...

MARQUÉS.

Nada puede haberle sucedido: las descargas eran lejanas cuando él partió de aqui, y ese periódico dice que la rebelion fué deshecha prontamente, dando á entender que Silva se refugió herido antes de anochecer en un buque americano. No debemos, pues, temer por tu honrado libertador.

TERESA.

¿Y no dice nada de mi marido?

MARQUÉS.

Nada. ¿Ha preguntado por él Matilde?

TERESA.

¿Cómo no? Repetidas veces me ha dicho ya: «¿y papá en dónde estará?» pero como la pobre niña está tan acostumbrada á no verlo en su casa, no me ha sido difícil calmar su inquietud.

MARQUÉS.

¡Es verdad! ¡Qué extraño es que ni aun en tales momentos no llene de terror y de amargura el hogar doméstico la ausencia del padre ingrato y del esposo perjuro!

TERESA.

¡Padre mio, considere usted que él lo es de Matilde: su culpa merece nuestra piedad, su nombre nuestro respeto!

MARQUÉS.

Sobrado sé que ni aun quejarme de él me es lícito; mi inútil existencia se prolonga, en castigo de haber aceptado tu sacrificio, para ver aumentarse por horas tus desgracias, desde aquel fatal enlace en que nunca debí consentir.

TERESA.

¡No diga usted eso por Dios! Sin vacilar le daria hoy mi mano, si como entonces...

MARQUÉS.

¡No, primero!...

TERESA.

¡Silencio! Matilde viene aqui.

ESCENA II.

DICHOS Y MATILDE.

MATILDE.

Buenos dias, abuelito.

MARQUÉS.

¡Hola, señorita! ¡Cómo se madruga!

MATILDE.

¡Madrugar, y han dado las doce!

MARQUÉS.

Habiéndose acostado al amanecer, me parece...

MATILDE.

De sobra he dormido para calmar la pasada agitacion. ¡Ay qué miedo y qué pena, Dios mio! ¡Y usted no los sentia menos!

MARQUÉS.

¡Yo! ¡Qué disparate! Demasiado sabia que tu madre....

MATILDE.

¡Que si quieres! ¡Si lo hubieses visto, mamá! queria echarla de sereno conmigo, y estaba pálido como la cera, aplicando el oido de continuo á ver si llamaban, y saltándosele cada lágrima como un puño.

TERESA.

(Besando la mano á su padre.) ¡Padre de mi corazon!

MARQUÉS.

¡Bah, bah! Dejemos esto. Vé á dar los buenos dias á la viejecita.

MATILDE.

¿Á Ana? Si ha estado ella en mi habitacion, andando á tropezones y con el rosario en la mano á decirme: «niña, no dejes de rezar un padre nuestro por el alma de los pobrecitos que murieron anoche.»

TERESA.

Pues, ¿quién le ha dicho á ella...?

MATILDE.

¡Toma! Los criados, que vienen contando que se ven todavia en algunas calles regueros de sangre, que se oyen al pasar por algunas

casas horribles lamentos de mujeres que llaman en vano á sus hijos y esposos, de pobres niños que preguntan llorando por sus padres!

TERESA.

No pienses en esto, Matilde mia, sino para cumplir el encargo de Ana.

MATILDE.

¡Yo no pienso en mas que en la tardanza de papá!

TERESA.

Ya te he dicho que á tu padre lo tendrá ocupado el gobierno...

MATILDE.

Pero aunque asi fuese, ¿no podia venir un momento ó enviar á don Luis de Almeida... ó á cualquiera para tranquilizarnos?

TERESA.

Como te he dicho ya tambien, don Luis de Almeida no podrá disponer tampoco de sí ahora.

MATILDE.

¡Si!

MARQUÉS.

En tales momentos los hombres políticos...

MATILDE.

Usted tambien lo ha sido, y Ana me cuenta que en casos semejantes no dejaba usted á su familia en tan cruel desasosiego.

MARQUÉS.

Aquellos eran otros tiempos.

MATILDE.

Quisiera haber nacido en ellos. ¿Qué es esto? (Reparando en un criado que trae un periódico, que toma Matilde.) ¡Ah, la *Síntesis* de hoy! (Desdoblándole.)

TERESA.

(Con afan.) Dásela á tu abuelo.

MARQUÉS.

(Haciendo una señal de inteligencia á Teresa.) Si, voy á leer...

MATILDE.

¡Uy qué gacetilla! (Leyendo.) «Con profundo disgusto sabemos que »una maceta que cayó anteayer desde el pretil de la azotea al patio »de la casa del señor ministro de Justicia, dejó muerto en el acto á »un simpático orangutan que poseia el dignísimo mozo de cuadra, »de su excelencia.» ¡Já, já, já! (Riendo.)

TERESA.

(Fingiendo ligereza.) ¡Já, já! ¡Bravo! ¡El mono simpático y el barrecuadras dignísimo!... (Con empeño.) Dáca el periódico á ver si...

MATILDE.

(Leyendo.) «Ultima hora: Un puñado de ilusos, arrastrados por la »ambicion desatentada que...» (Hablando con un grito terrible.) ¡Esto es mentira!

TERESA.

¡Hija mia!

MARQUÉS.

¡Matilde!

MATILDE.

(Leyendo.) «Nos resistimos é creerlo; pero nos aseguran que los se»ñores Silva y Novoa capitaneaban anoche los insurrectos.»

TERESA.

(Arrancándole el periódico.) ¡No en balde lo temia yo!

MARQUÉS.

¿Cómo evitarlo?

MATILDE.

¡Pero esto no puede ser! ¡Esto es una calumnia! ¿No es verdad?... ¡Y callais los dos!

TERESA.

Si, hija mia... una equivocacion seguramente...

MARQUÉS.

Ya se desmentirá.

MATILDE.

Pero ¿en dónde está mi padre? Decídmelo. ¡Tú no lo sabes, mamá mia! ¿Tú no lo sabes y no sales á buscarlo conmigo... ¡Ah, yo iré sola!

TERESA.

¡Hija de mis entrañas! (Deteniéndola.)

MATILDE.

¡Oh! me sujetais! Bien claro veo lo que hace mucho tiempo sospecho, que en esta casa yo solamente soy quien quiere á papá! (Llorando.)

TERESA.

¡Calla, Matilde!

MARQUÉS.

¡Niña!

MATILDE.

Perdonadme, no sé lo que digo. Pero al pensar que tal vez ahora... (Aparecen en el fondo Novoa y D. Luis, Matilde los vé y se echa en brazos del primero.) ¡Padre de mi alma!!

NOVOA.

¡Hija mia!

ESCENA III.

DICHOS, NOVOA Y DON LUIS DE ALMEIDA.

Novoa y Matilde bajan abrazados y hablando entre sí, hasta que indique el diálogo que deben cesar.

TERESA.

¡Él!

MARQUÉS.

¡Con don Luis de Almeida!

TERESA.

(Estrechando la mano de D. Luis.) ¡Siempre usted generoso amigo!

MARQUÉS.

Explíquenos usted.

DON LUIS.

(Recatándose de Matilde.) Apenas dejé á usted aqui, me encaminé á palacio, en donde me dijo mi hermano que me esperaria: ya me aproximaba á él cuando voces y carreras cercanas y los gritos de los soldados que cargaban á la bayoneta, me indicaron que la rebelion estaba vencida: al volver una esquina me encontré en una calle desierta; pere sentí pasos, me asomé á los cristales, y á la luz de un farol distinguí al señor Novoa: abrí la portezuela, «suba usted aqui con un amigo,» exclamé tendiéndole una mano: sentí que me la estrechaba con avidez la suya, y en un momento estuvo á mi lado en el carruaje, á muy poco los dos en palacio...

TERESA.

¿Y al verse allí?

DON LUIS.

Me conoció, tendió la vista en su alrededor, y clavándola en mí con altivez, «lléveme usted adonde guste, murmuró: me dá pena ver »que pueda usted tan jóven cometer tal infamia.»

TERESA.

¿Y usted?

DON LUIS.

Silencioso le conduje á la habitacion de un amigo mio, empleado en palacio, en donde pudo reparar su traje: corrí á ver á mi hermano, que salia del consejo, lo llevé adonde se hallaba Novoa, y «pongo »en tu poder, le dije, á tu mayor enemigo, para que le pruebes que »mereces la victoria que acabas de alcanzar.»

MARQUÉS.

¡Bien lo ha probado!

TERESA.

¡Quién se atreveria á imaginar lo contrario! ¡Cómo podremos pagar á usted!...

DON LUIS.

(Señalando á Matilde.) ¿Me rezco acaso alguna recompensa? Mas de

dos horas estuvieron hablando mi hermano y Novoa: cuando me llamó el primero para que extendiese un pasaporte para Inglaterra, que firmó en el acto, revelaban ambos una profunda conmocion; ignoro lo que entre sí hablaron: mi hermano volvió al lado de su majestad, y nosotros...

MATILDE.

(Uniendo las manos de su madre con las de Novoa.) ¡Míralo, mamá, me parece un sueño! (Volviéndose hácia D. Luis, con quien sigue hablando.) ¡Tú me has traido á mi padre!

DON LUIS.

¡Matilde!

NOVOA.

(Á Teresa.) ¡Resignado á una muerte segura, de la que solo me ha librado la piedad de mi ofendido, una luz inesperada ha deshecho las sombras de mi alma!...

TERESA.

¡Basta!...

NOVOA.

No, ahora que reconozco cuán lejos he estado de merecerte, cuánto he amargado tu vida, concédeme fiel guardadora de mi honor, ángel tutelar de mi hija, concédeme la esperanza de que me perdonarás algun dia.

TERESA.

Yo te doy mi perdon: quiera Dios hacerte digno del suyo.

NOVOA.

(Al Marqués.) Señor, dentro de pocas horas saldré de aqui para no volver quizás: no se niegue usted á alentar mi arrepentimiento, á consolar mi pena, dándome á besar su mano. (El Marqués cede y Novoa le besa la mano con efusion.) ¡Ah!!...

CRIADO.

(Anunciando.) El excelentísimo señor presidente del consejo.

ESCENA IV.

DICHOS Y ALMEIDA: todos se vuelven manifestando sorpresa hácia el fondo por donde entra Almeida, á quien se adelanta á recibir el Marqués.

MARQUÉS.

¡Mi querido amigo! ¡Usted nos ha salvado!...

ALMEIDA.

Ruego á usted, Marqués, que no me avergüence con la expresion de un reconocimiento inmerecido. Si fuí algun dia ingrato á los favores que...

MARQUÉS.

Olvidemos lo pasado.

ALMEIDA.

Nunca podré yo olvidar la constante amistad con que usted me honró; invocándola hoy vuelvo á esta casa, cuyos umbrales no pisaba ha tantos años... para pedir á... esta señora que conceda á mi hermano...

TERESA.

¿Me pide usted á mí la ventura de mi hija?

ALMEIDA.

Si el señor de Novoa... (Novoa coge silenciosamente las manos de D. Luis y Matilde, las une y estrecha ambas contra su corazon.)

NOVOA.

¿Me amareis ambos?

MATILDE.

¡Padre mio! (Abrazándolo, Luis lo hace tambien.)

TERESA.

(¡Dios mio, hacedla tan dichosa como infeliz ha sido su madre!)

ALMEIDA.

'Señora... callado y comprimido vive aun en el fondo de mi alma 'nuestro amor sin ventura...

TERESA.

"Almeida...

ALMEIDA.

"Si para conservar su pureza de mártir exigiese aun mas sacrifi-
"cios, usted...

TERESA.

"¡Sabré resignarme hasta á no ver á la hija de mis entrañas!

UN CRIADO.

(Anunciando.) El señor Baron de Mascareinhas.

MARQUÉS.

¡El Baron! (Teresa pasa al lado de su hija y la abraza llorando.)

MATILDE.

¡Qué dulces son las lágrimas que hoy derramamos!

TERESA.

¡Si, hija mia!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, Y EL BARON.

BARON.

Señor Marqués... señoras... Perdónenme ustedes que á tal hora y sin prévio aviso venga; pero deseoso por una parte de ver al señor Novoa, á quien debo una satisfaccion, y sabiendo por otra que estaba aqui el señor presidente del consejo...

ALMEDIA.

¿Pues qué ocurre?

BARON.

Todo Lisboa saluda con júbilo el decreto de amnistia que acaba de publicarse en un suplemento al *Diario oficial*.

TERESA.

¡Ah!

NOVOA.

¡Una amnistia! ¡Oh!! (Avergonzado.)

ALMEIDA.

General: la clemencia de su majestad...

TERESA.

Para bendecir á usted y pedir á Dios que la colme de ventura, se alzarán hoy las manos que ayer se armaban contra su pecho!

MARQUÉS.

¡Tanta generosidad cuando aun respiramos el humo del combate!

ALMEIDA.

Indigno es de alcanzar en él la victoria quien derrama la sangre del vencido.

BARON.

Tal será el tema de un artículo que voy á escribir en este momento; un número extraordinario de la *Síntesis*, se publicará esta noche para solemnizar tan fausto suceso, y pidiendo antes al señor Novoa que perdone la equivocion, ajena á mi voluntad, en que incurrió hoy mi periódico, la rectificaré segun el encargo de usted, diciendo que hallándose en la mejor armonia con el gobierno, saldrá en breve para Inglaterra...

TERESA.

¡Para Inglaterra!

MATILDE.

¡Nos dejas, papá!

NOVOA.

¡Me es forzoso!

TERESA.

¡Yo tambien, hija mia!

MATILDE.

¡Tú! ¡oh, eso no!

ALMEIDA.

Si, para Inglaterra, adonde pronto le seguirá su familia, (Movimiento de sorpresa en todos.) seguro como estoy de que el señor Marqués aceptará nuestra embajada en Lóndres, que vengo á ofrecerle en nombre de S. M.

MARQUÉS.

Yo... alejado de los negocios... mi edad...

ALMEIDA.

(¿No comprende usted que yo necesito vivir lejos de *ella!*)

MARQUÉS.

(¡Ah!) Acepto.

BARON.

¡El señor Marqués, nuestro embajador en Londres! anunciará la noticia mi periódico.

DON LUIS.

(A Matilde.) Van á separarnos cuando creia...

ALMEIDA.

(Sonriendo.) Solicito de usted que se sirva llevar como primer agregado...

MARQUÉS.

(Cogiendo á Luis de la mano.) ¿Al que desde hoy llamaré con placer y orgullo hijo mio! ¿No es esto?

ALMEIDA.

Si usted consiente... (El Marqués coge á Luis y lo echa en brazos de su hermano, que lo recibe con la mayor emocion.)

DON LUIS.

¡Hermano mio!

BARON.

¡Ah! ¡es el señor el primer agregado! (Por D. Luis.) Asi lo dirá mi periódico.

MATILDE.

(A su madre.) ¡Qué alma tan buena debe tener Almeida!

TERESA.

¡Hija mia, ámale mucho; tu padre vive por él, tu madre le debe mas que la vida!

MATILDE.

No comprendo...

TERESA.

Ya te lo explicaré algun dia. (Besándola.)

BARON.

(Que habrá llamado á Novoa y hablado con él.) Coqnue es decir que la distinguida señorita y el simpático jóven...

MATILDE.

¡Ay, le llama simpático! ¡lo mismo que al orangoutan!

NOVOA.

Si, señor.

BARON.

Anuniarecmos la boda en el periódico.

DON LUIS.

(A Almeida.) ¡Y tú aqui siempre solo!...

ALMEIDA.

Yo tambien cuando la calma se restablezca, cuando el órden esté asegurado, pediré á S. M. licencia para emprender un viaje.

MATILDE.

¿Á Lóndres! ¡á vernos!

TERESA.

(Con alarma.) ¿Cómo!!

ALMEIDA.

No, á Oporto, á rezar en el sepulcro de mi madre. (Volviéndose al Baron.) Pero esto siquiera, amigo mio, hágame usted el favor de no publicarlo en su periódico. (Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 10 *de mayo de* 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. ANGEL MARIA DACARRETE,

que se hallan de venta en las principales librerias de España y de Ultramar.

Una historia del dia, drama en cinco actos y en prosa.

Al cabo de los años mil... proverbio en un acto y en prosa.

Magdalena, drama en tres actos y en verso.

Mentir á tiempo, zarzuela en un acto y en verso.

Poderoso caballero es D. Dinero, comedia en tres actos y en prosa.

Julieta y Romeo, drama en cuatro actos y en verso.

Por la boca muere el pez, comedia en tres actos y en prosa, arreglada del francés.

Las dulzuras del poder, comedia en tres actos y un prólogo, en prosa.

) de un inocente.
l trabajo.

nclusero.

nra.

da.

co.
ooles.

os.
neo.

nes del vicio.

pa de oro.
llamo, ó carbonero

le la niña.
vengadora.

la casa.
e mármol.
Rey pocta.
las, ó cada loco con

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva de Brabante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.
La fuerza contra la ley.
La senda de espinas.
La linterna de Diógenes.
Las dulzuras del poder.

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.
Matilde.

No hay amigo para amigo.

Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda

Oráculos de Talia, ó los duendes de palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.
Quemar las naves.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

n acto.

Valladolid.
ste caballero.
ra.

a y alcohool.
ero.

s de reinado.
do. *(La música.)*

l almuerzo.
(La música.)
del archiduque.
lo.
Chamberi.

los que está puesta

erte. *(La música.)*
ore.

o Juanita.
l Rey. *(La música.)*
os.

La flor de la serrania.
La tierra de Maria Zantízima.
Las distracciones.

Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. *(La música.)*
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Beltran el aventurero. *(La música.)*

Cárlos Broschi.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El dominó azul. *(La música.)*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. *(La música.)*
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La música.)*
La caceria real. *(La música.)*
La Pasion. (drama sacro-lírico.)
Los comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Albacete.	Perez.
Avila.	Garcés.
Algeciras.	Joarizti.
Alcoy.	Poyá é hijo.
Aranjuez.	Prado.
Almaden.	Quiroga.
Avilés.	Sanchez del Rio.
Barcelona.	Mayol.
Búrgos.	Hervias.
Bilbao.	Astuy.
Badajoz.	Carpizo.
Bejar.	Bueno é hijo.
Baza.	Fernandez.
Baeza.	Segura.
Borja.	Cadenas.
Cádiz.	A. de Cárlos.
Castellon.	Perales.
Córdoba.	Lozano.
Coruña.	Lago.
Cáceres.	Valiente.
Ciudad-Real.	Arellano.
Cuenca.	Mariana.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Julian.
Ceuta.	Ibañez.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Carmona.	Perez.
D. Benito.	Sanchez Barroso.
Ecija.	Garcia.
Ferrol.	Tajonera.
Figueras.	Delhom.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Dorca.
Guadalajara.	Oñana.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Guadix.	Tornez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Huelva.	Osoruo é hijo.
Huesca.	Guillen.
Huescar.	Ruiz.
Haro.	Quintana.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.
Lérida.	Blasco.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.
Logroño.	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Loja.	Cano.
Linares.	Carrasco.
Lucena.	Cabezas.
Llerena.	Guerrero.
Málaga.	Cañavatte.
Murcia.	Hs. de Andrion.
Mataró.	Abadal.
Manzanares.	Peñuelas.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Mérida	Diaz.
Marto	Garcia.
Oviedo	Pruneda y Mántara
Orense.	Robles.
Ocaña.	Calvillo.
Osuna.	Montero.
Orihuela.	Berruezo
Pamplona.	Rios y Barrena.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma de Mallorca.	Gelabert.
Pontevedra.	Aspa.
Puerto de Sta. Maria.	Cobantes.
Puerto-Rico (Mayagües).	Maestre y Tomás.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Rivadeo.	Torres.
Rioseco.	Pradanos.
Salamanca.	Huebra
Santander.	Hernandez.
San Sebastian.	Garralda.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Sevilla.	Alvarez Aranda.
Segovia.	Rebilla.
Soria.	Perlado.
Santiago.	Escribano.
San Fernando.	Tellez de Meneses.
Sanlúcar de Barrameda.	Esper.
S. Ildefonso (Granja).	Alderete.
S. Lorenzo (Escorial).	Juan José Rodrigue
San Martin de Valdeiglesas.	Cisneros.
Segorve.	Mateo.
Tarragona.	Pujol.
Teruel.	Baquedano.
Toledo.	Hernandez.
Talavera de la Reina.	Sanchez de Castro.
Toro.	Tejedor.
Tuy	Cruz.
Trujillo.	Bravo.
Torrevieja.	Vela.
Tudela.	Izalzu.
Tolosa.	La Lama.
Tarazona.	Veraton.
Valencia.	Moles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Vinaroz.	Ramirez Poy.
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Vigo.	Fernandez Dios.
Ubeda.	Bengoa.
Zaragoza.	V. de Heredia.
Zamora.	Calamita.
Zafra.	Oguet.

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, c principal.